



PERSPECTIVAS  
INTERNACIONALES SOBRE  
MIGRACIÓN: CONCEPTUALIZAR  
LA SIMULTANEIDAD



PEGGY LEVITT  
NINA GLICK SCHILLER

*Traducción del inglés*  
*Luis Rodolfo Morán*

RESUMEN

En este artículo exploramos la teoría social y la metodología consecuente con ésta, que subyacen en los estudios sobre migración transnacional. Proponemos un acercamiento del campo social al estudio de la migración y distinguimos entre las *formas de ser* y las *formas de pertenecer* a ese campo. Argumentamos que la asimilación y los vínculos transnacionales duraderos no son incompatibles ni términos de una oposición binomial. Resaltamos los procesos que están soterrados a la investigación tradicional sobre la migración, pero que se abren al escrutinio analítico bajo una óptica transnacional. Situamos nuestra perspectiva sobre el fenómeno migratorio dentro de un proyecto intelectual más amplio para volver a pensar y reformular el concepto de sociedad.

**PALABRAS CLAVE:** transnacionalismo, migración, teoría social, Estado–nación.

ABSTRACT

In this paper, we explore the social theory and consequent methodology that underpins studies of transnational migration. We propose a social field approach to the study of migration, and distinguish between ways of being and ways of belonging in that field. We argue that assimilation and enduring transnational ties are neither incompatible nor binary opposites. We highlight social processes and institutions that are routinely obscured by traditional migration scholarship but become opened up to analytical scrutiny by using a transnational lens. We locate our approach to migration research within a larger intellectual project, undertaken by scholars of transnational processes in many fields, to rethink and reformulate the concept of society such that it is no longer automatically equated with the boundaries of a single Nation–state.

**KEYWORDS:** transnationalism, migration, assimilation, social theory, Nation–state

INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

Desde hace mucho tiempo, los científicos sociales se han interesado en cómo los inmigrantes se incorporan a los países receptores. En Alemania y Francia, la expectativa de que los inmigrantes se asimilen constituye un elemento central de las políticas públicas. En Estados Unidos, los investigadores de la inmigración, al principio, también argumentaban que, al ascender por la escalera socioeconómica, los inmigrantes tendrían que abandonar sus particulares costumbres, lenguajes, valores, vínculos e identidades originadas en el terruño. Aun cuando «conservar un carácter étnico» (*remaining ethnic*) se hizo más aceptable, la mayoría de los investigadores asumió que los vínculos con el terruño en algún momento se disolverían. Ser ítalo-americano o irlandés-americano, en última instancia reflejaría un orgullo étnico dentro de Estados Unidos como país multicultural, en lugar de una relación duradera con la tierra de los ancestros.

En la actualidad, los académicos reconocen, cada vez más, que algunos migrantes y su descendencia siguen estando fuertemente influidos por sus continuados lazos con su país de origen, o con las redes sociales que se extienden más allá de las fronteras nacionales. Observan los vínculos transfronterizos de los migrantes como una variable y argumentan que para entender la migración contemporánea deben evaluarse empíricamente la fuerza, la influencia y el impacto de estos nexos. Convocan a una perspectiva transnacional de la migración (Basch, Glick Schiller y Szanton Blanc, 1994). Los análisis que se derivan de ello, en conjunto con otros estudios de la dinámica transnacional, contribuyen a la formación de un nuevo paradigma, el cual rechaza la muy corriente idea de que la sociedad y el Estado-nación son una y la misma cosa.

Este artículo no pretende hacer un examen de los estudios académicos sobre la migración transnacional. De hecho, un número especial de *International Migration Review*, publicado en el otoño de 2003, hace precisamente eso. En cambio, en este artículo exploramos la teoría social y la metodología consecuente con ésta, presente en los estudios de la migración transnacional. Argumentamos que, para el proyecto que subyace a los estudios de la migración transnacional y a las investigaciones sobre otros fenómenos transnacionales, es crucial reformular el concepto de sociedad. Las vidas de un número creciente de individuos ya no pueden entenderse con tan sólo mirar lo que sucede dentro de las fronteras nacionales. Nuestro lente analítico, de manera necesaria, debe ser ampliado y profundizarse, ya que los migrantes se encuentran situados dentro de campos sociales en múltiples grados y en múltiples lugares, que abarcan a aquellos que se trasladan y a quienes se quedan. En consecuencia, deben revisarse las suposiciones básicas acerca de las instituciones sociales como la familia, la ciudadanía y el Estado-nación.

Una vez que repensamos las fronteras de la vida social, queda claro que la incorporación de los individuos en los Estados-nación y las conexiones transnacionales no

<sup>1</sup> Éste es un artículo de coautoría, concebido y escrito en conjunto por las dos autoras. *Migración y desarrollo* agradece a la revista *International Migration Review*, en su edición 2004, el permiso para traducir y publicar esta primicia en su versión española.



son procesos contradictorios. Un aspecto que necesita ser teorizado y explorado es el de la simultaneidad, el llevar una vida que incorpora las instituciones, las actividades y las rutinas diarias que se sitúan tanto en el país de destino como transnacionalmente. La incorporación de los migrantes a una nueva tierra y las conexiones transnacionales con un terruño o con redes dispersas de familiares, compatriotas o personas con las que se comparte una identidad religiosa o étnica, pueden darse al mismo tiempo y reforzarse entre sí.

En este artículo perseguimos cuatro objetivos. Primero, proponemos una aproximación al campo social para el estudio de la migración y distinguimos entre las formas de ser y las formas de pertenecer a ese campo. En segundo lugar, argumentamos que la asimilación y los vínculos transnacionales duraderos no son incompatibles ni términos de una oposición binomial. En vez de ello, sugerimos se reflexione la experiencia de la migración transnacional como una especie de instrumento de medida que, aún cuando está fijo, se balancea entre un país de recepción y unos vínculos transnacionales. En tercero, resaltamos los procesos y las instituciones sociales que, por lo general, están ocultos a la investigación tradicional sobre migración, pero que se abren al escrutinio analítico cuando se utiliza el lente transnacional. Finalmente, situamos nuestra perspectiva de la investigación, sobre el fenómeno migratorio, dentro de un proyecto intelectual más amplio, que se ha adoptado por aquellos académicos que analizan los procesos transnacionales en varios campos, para volver a pensar y reformular el concepto de sociedad, de modo que ya no se le equipare, automáticamente, con las fronteras de un solo Estado-nación.

#### ACERCAMIENTOS FUNDACIONALES

Ya se han generado varias oleadas de estudios sobre migración transnacional, las cuales han ayudado a afinar los conceptos y a analizar las relaciones de manera mucho más detallada que en las formulaciones previas. Los investigadores han estudiado la formación de identidades y las prácticas económicas, políticas, religiosas y socio-culturales que impulsan, al mismo tiempo, a los migrantes al incorporamiento así como a la vinculación transnacional.<sup>2</sup> Se han propuesto tipologías para percibir las variantes en las dimensiones de la migración transnacional. El grado en el cual ésta es un fenómeno novedoso, o si comparte semejanzas con sus materializaciones previas, ha sido tema de muchos debates.<sup>3</sup> Diversos estudios examinan el alcance de las prácticas transnacionales entre poblaciones particulares de inmigrantes.<sup>4</sup> Finalmente, un cuer-

<sup>2</sup> Véanse, por ejemplo, Basch, Glick Schiller y Szanton Blanc, 1994; Smith y Guarnizo, 1998; Grasmuck y Pessar, 1991; Laguerre, 1998; Itzigsohn *et al.*, 1999; Smith, 2003; Levitt, 2001a; Glick Schiller y Fouron, 2001; Ebaugh y Chafetz, 2002; Kyle, 2001; Ostergaard-Nielsen, 2003; Fitzgerald, 2003; Landolt, 2001; Goldring, 2002; Vertovec, 2003; Gold, 2002; Koopmans y Statham, 2001; Riccio, 2001; Van der Veer, 2001; Abelman, 2002; Morgan, 1999; Faist, 2000a, 2000b; Schiffauer, 1999; Sklair, 1998; Levitt, 2001b; Itzigsohn, 2000; Portes, Guarnizo y Landolt, 1999; Glick Schiller, 2001a; Kivisto, 2001; Mahler, 1998; Duany, 2000.

<sup>3</sup> Véanse Foner, 2000; Gabaccia, 2002; Glick Schiller, 1999; Smith, 2002; Morawska, 2001a; Weber, 1999.

<sup>4</sup> Véanse Portes, Haller y Guarnizo, 2002; Guarnizo *et al.*, 2003; Itzigsohn y Saucedo, 2002.



po emergente de estudiosos intenta explicar los matices —en las prácticas transnacionales— que se dan entre distintos grupos.<sup>5</sup>

Para desarrollar aún más nuestra teoría y nuestra metodología, así como para abordar las implicaciones de la incorporación simultánea, iniciamos con una breve síntesis de los estudios académicos sobre la migración transnacional —realizados hasta la fecha— con base en los cuales se puede conformar una nueva síntesis teórica. Examinamos cuatro distintas «tradiciones» que se elaboran entre los académicos de la migración transnacional: la investigación que realizan los sociólogos y antropólogos en Estados Unidos; los estudios efectuados por el Oxford Transnational Community Programme; un cuerpo de literatura sobre las familias transnacionales; y un esfuerzo por reformular las nociones de espacio además de estructura social. A estos desarrollos subyace un problema imprescindible de la teoría social: cómo repensar a la sociedad si no damos por sentadas las fronteras nacionales.

Los estudios académicos sobre la migración en Estados Unidos están marcados por su crítica al paradigma asimilacionista no lineal de la investigación clásica del fenómeno migratorio (Glick Schiller, 1999; Basch, Glick Schiller y Szanton, 1994; Glick Schiller, Basch, Szanton, 1995). Algunos estudios se han centrado en los tipos de redes que se extienden entre las comunidades de origen y los migrantes (Grasmuck y Pessar, 1991; Levitt, 2001a; Rouse, 1992; Smith, 1998). Otros han procurado determinar las condiciones bajo las cuales los migrantes sostienen vínculos e identidades que los ligan con el lugar de origen, así como el grado en el cual son comunes las prácticas transnacionales en la población migrante en su conjunto (Basch, Glick Schiller, y Szanton Blanc, 1994). Estos análisis han revelado que una cifra pequeña —pero no por ello menos significativa— de migrantes interviene, de forma regular, en prácticas económicas y políticas transnacionales (Portes, Haller y Guarnizo, 2002; Guarnizo, Portes y Haller, 2003), y que todavía más individuos participan, ocasionalmente, en este tipo de actividades. Algunos estudios exploran el nexo entre migración y desarrollo, a la vez que clasifican a la migración transnacional como un producto del capitalismo tardío, el cual provoca que los países pequeños no industrializados sean incapaces de lograr la autonomía económica y los hace depender de las remesas generadas por los migrantes (Itzigsohn, 2000; Portes, 2003). La manera en que los países emisores y receptores desempeñan un papel crítico en las vidas de los migrantes, también ha recibido bastante atención (Smith, 1999; Goldring, 2002; Levitt y De la Dehesa, 2003). El estudio más reciente sobre la segunda generación, en muchos sentidos, continúa con el debate acerca de la asimilación, cuyos protagonistas en el acercamiento clásico argumentaban que la emigración transnacional es un fenómeno efímero, limitado a la primera generación. Mientras tanto, los «transnacionalistas» hablan de nuevas formas del vínculo transnacional y reemplazan el término de segunda generación por el de generación transnacional, para abarcar a los jóvenes que se sitúan en el terruño y en la nueva tierra de destino.<sup>6</sup>

En tanto que muchos investigadores en Estados Unidos se centraron en los nexos entre el lugar de procedencia y el lugar de destino (Homeland/New land), el

<sup>5</sup> Levitt, 2003a; Itzigsohn y Saucedo, 2002; Portes, Haller y Guarnizo, 2002; Guarnizo *et al.*, 2003.

<sup>6</sup> Levitt y Waters, 2002; Glick Schiller y Fouron, 2002.



proyecto de las comunidades transnacionales de Oxford utilizó una definición mucho más amplia de los lazos transnacionales.<sup>7</sup> En este plan, los vínculos transnacionales —establecidos por los negocios, los medios de comunicación, la política o la religión— fueron examinados en conjunto bajo el rubro de la comunidad. Este trabajo demostró que los migrantes están insertos en redes que se extienden a lo largo de múltiples estados y que las identidades, así como la producción cultural de los migrantes, reflejan sus múltiples localidades. Entre los hallazgos importantes del proyecto de las comunidades transnacionales se sitúa la necesidad de distinguir entre patrones de conexión sobre la base y condiciones que producen las ideologías de conexión junto con las de comunidad (Gomez y Benton, 2002; Ostergaard–Neilson, 2003).

Algunos de los estudios de Estados Unidos y de Oxford (Ballard, 2000) proponían la reconceptualización del parentesco transnacional, aunque las investigaciones en esta área han desarrollado una trayectoria propia (Chamberlin, 2002; Bryceson y Vuorela, 2002). Los estudios del parentesco transnacional documentan el modo en que las redes familiares, constituidas a través de las fronteras, están marcadas por diferencias de género en el poder y el estatus. Las redes familiares pueden ser utilizadas para la explotación, un proceso diferenciador de clase transnacional en el que los más prósperos aprovechan la fuerza de trabajo de personas identificadas por su parentesco. Las redes familiares que se sostienen y alimentan entre quienes envían las remesas y aquellos que viven de éstas pueden estar cargadas de tensiones.

Un cuarto grupo de académicos utiliza la aproximación transnacional de la migración para cuestionar la teoría social. Morawska (2001a, b) propone una conceptualización del fenómeno migratorio como «estructuración» para plantear la continuada dinámica entre la estructura y la agencia que se extiende hacia un ámbito transnacional. Faist (2000a, 2000b), al reflexionar sobre líneas semejantes, intenta conceptualizar un ámbito de relaciones sociales que atraviesan las fronteras y a las que denomina «espacios sociales transnacionales». Privilegia los nexos y las instituciones sociales, al tiempo que define a éstas como espacios «que se caracterizan por una alta densidad de vínculos intersticiales en niveles informales o formales, es decir, en niveles institucionales» (Faist, 2000b: 89). Guarnizo (1997) y Landolt (2001) hacen referencia a una «formación social transnacional».

Buena parte de estas obras, sin embargo, ve a las formaciones sociales derivadas de la migración transnacional como formaciones únicas. Nosotros, en cambio, proponemos que constituyen un indicador, entre muchos, de que la óptica de la sociedad, en la que el Estado–nación aparece como un contenedor, no entiende, ni adecuada ni automáticamente, la realidad contemporánea. Para desarrollar esta aproximación y contribuir a la perspectiva del campo social para el estudio de la vida en colectividad, debe distinguirse entre la existencia de redes colectivas transnacionales y la conciencia de estar integrado a ellas. Esa distinción es crucial para entender la experiencia de vivir, simultáneamente, dentro y más allá de las fronteras de un Estado–nación, así como para desarrollar metodologías tendientes a estudiar, de forma empírica, tales experiencias.

<sup>7</sup> Véase, por ejemplo, Koopmans y Statham, 2001; Riccio, 2001; Van der Veer, 2001; Abelman, 2002; Morgan, 1999; Faist, 2000a; Schiffauer, 1999; Sklair, 1998; Castles, 1998.



## CONTRIBUCIÓN A UNA TEORÍA DEL CAMPO SOCIAL DE LA SOCIEDAD

Para desarrollar más ampliamente los estudios sobre la migración transnacional, debemos revisar el concepto de sociedad —como se le ha presentado en general— y dejar de lado el nacionalismo metodológico que ha distorsionado muchos de los conceptos básicos de la ciencia social (Martins, 1974; Smith, 1983). El nacionalismo metodológico es la tendencia a aceptar al Estado–nación y sus fronteras como un elemento dado en el análisis social. Wimmer y Glick Schiller (2003: 578) identifican tres variantes del nacionalismo metodológico: 1) Ignorar o menospreciar la importancia fundamental del nacionalismo para las sociedades modernas. Es frecuente que esta tendencia vaya de la mano de 2) la naturalización o el dar por sentado que las fronteras del Estado–nación delimitan y definen la unidad de análisis. Finalmente, 3) la limitación territorial confina el estudio de los procesos sociales a las fronteras políticas y geográficas de un Estado–nación particular. Según Wimmer y Glick Schiller (2003: 578), «las tres variantes pueden intersectarse y reforzarse entre sí, con lo que forman una estructura epistémica coherente, una manera de mirar que se refuerza a sí misma cuando observa y describe el mundo social».

Debido a que buena parte de la teoría de la ciencia social equipara a la sociedad con las fronteras de un Estado–nación específico, es frecuente que los investigadores tomen el arraigo, junto con la incorporación al Estado–nación, como la norma; a la vez que las identidades y prácticas sociales que atraviesan las fronteras del Estado sean consideradas como fuera de lo ordinario. Pero si retiramos las vendas del nacionalismo metodológico vemos que mientras los Estados–nación todavía son extremadamente importantes la vida social no está confinada a los límites de éstos. Los movimientos sociales y religiosos, las redes delictivas y profesionales, así como los regímenes de gobierno, también operan a través de las fronteras.

Los estudios recientes en teoría social, asimismo, han cuestionado la teoría de la sociedad que concibe al Estado–nación como contenedor, y aportan reflexiones acerca de la naturaleza de los flujos transnacionales sobre los que construimos. Sassen, por ejemplo, da una nueva forma a nuestra concepción de la geografía de las ciudades, al subrayar que algunos espacios se convierten en «ciudades globales» (Sassen, 1992). Al discutir la acumulación flexible del capital, Harvey explora «las compactaciones del tiempo y el espacio que de tal modo han revolucionado las cualidades objetivas del espacio y el tiempo, de tal forma que estamos obligados a alterar, a veces de formas bastante radicales, la manera en que nos representamos el mundo» (Harvey, 1989). Otros académicos han resaltado el entrelazamiento de las sociedades a través de los flujos de medios de información, capital y personas (Held *et al.*, 1999). Sin embargo, buena parte de este trabajo, según Ulrich Beck (2000), aún concibe a los Estados como la unidad primaria y al fenómeno globalizador como un proceso de interconexión entre estados. Esas teorías, argumenta Beck, siguen con «la teoría de la sociedad como contenedor» en la que se basa la mayor parte de la sociología de la primera edad moderna. El citado autor hace un llamado en pro de un nuevo paradigma que cambia «no sólo las relaciones entre los Estados y las sociedades nacionales y más allá de estas relaciones, sino también la calidad interna de lo social y lo político en sí mismos, lo que se muestra por [...] una cosmopolitización reflexiva» (Beck, 2000: 1).



Junto con Beck, Faist (2000a), Urry (2000) y un número creciente de teóricos sociales buscamos maneras de ir más allá de «la teoría de la sociedad como contenedor». Varios de estos académicos, sin embargo, tienden a despreciar el concepto de lo social a medida que reconfiguran el concepto de la sociedad. La formulación de Beck de una «cosmopolitización reflexiva», y buena parte de la literatura que tiene que ver con el cosmopolitismo, por ejemplo, abandona casi por completo la exploración de las relaciones sociales y del contexto social. En el cosmopolitanismo de Beck (2000), como en la sociedad mundial de Luhmann, las tecnologías comunicativas se tornan claves. Los flujos globales de los medios de comunicación y el consumismo llevaron a una nueva forma de conciencia. Las relaciones sociales y la posición colectiva quedan fuera del análisis; lo individual y lo global se intersecan. Sin un concepto de lo social, las relaciones de poder y de privilegio que ejercen los actores sociales, con base en el interior de las estructuras y las organizaciones, no pueden estudiarse o ser analizadas. Además, al intentar superar el nacionalismo metodológico, buena parte de esta construcción de la teoría deja de lado el continuo poder del Estado–nación. Los estudios del fenómeno migratorio transnacional, con su rastreo concreto del movimiento y la interrelación de la gente, proporcionan un útil correctivo a estas faltas de atención, al subrayar el concepto de campo social.

Proponemos un concepto de sociedad basado en la idea de campo social y, dentro de esta investigación, distinguimos entre formas de ser y formas de pertenecer. La noción de campo social existe en la literatura de la ciencia social en varias formas distintas. En nuestro caso, nos basamos en las propuestas de Bourdieu y en la Escuela de Antropología de Manchester. Bourdieu utilizaba el concepto de campo social para llamar la atención sobre las maneras en que las relaciones sociales se estructuran por el poder. Las fronteras de un campo son fluidas y el campo mismo es creado por los participantes que se unen en una lucha por la posición social. Para Bourdieu, la sociedad es la intersección de varios campos dentro de una estructura política (Jenkins, 1992). Según el estudioso, los individuos o las instituciones pueden ocupar las redes que constituyen el campo y vinculan las posiciones sociales. En tanto que esta aproximación no niega la noción de campos sociales transnacionales, Bourdieu no discute, directamente, las implicaciones de los campos sociales que no son coextensivos con los límites del Estado.

La Escuela de Manchester también da forma a nuestro marco, pues sus académicos reconocieron que los migrantes que ellos estudiaron pertenecían, al mismo tiempo, a localidades de carácter tribal–agrario y a ciudades–colonia industriales. Las redes de migrantes, que se extienden entre estos dos espacios, son vistas como constituyentes de un único campo social generado por una red de redes. Al entender la sociedad de esta manera, estos investigadores introdujeron un grado de análisis social que trasciende el estudio del individuo.

A pesar de su importancia, el término «campo social», dentro de la investigación del fenómeno migratorio transnacional, no ha sido bien definido. A partir de Basch, Glick Schiller y Szanton (1994), definimos el campo social como un conjunto de múltiples redes entrelazadas de relaciones sociales, a través de las cuales se intercambian de manera desigual, se organizan y se transforman las ideas, las prácticas y los recursos.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Véanse también Glick Schiller y Fouron, 1999; Glick Schiller, 1999; 2003.



Los campos sociales son de múltiples dimensiones y engloban interactividades estructuradas de diferentes formas, profundidades y alcances que se diferencian, en la teoría social, por los términos organización, institución y movimiento social. Las fronteras de las naciones no son, necesariamente, contiguas con las fronteras de los campos sociales. Los campos sociales nacionales son aquellos que permanecen dentro de las fronteras de los países, mientras que los campos sociales transnacionales conectan a los actores a través de relaciones directas e indirectas, vía fronteras. Ningún ámbito se privilegia en nuestro análisis. Afirmar la importancia relativa de los campos sociales nacionalmente restringidos y de los transnacionales ha de ser cuestión de un análisis empírico.

En los estudios sobre migración, el concepto de campo social es una poderosa herramienta para conceptualizar la variedad potencial de relaciones que vinculan a quienes se trasladan y a los que se quedan. Nos lleva más allá del vínculo directo del fenómeno migratorio hacia ámbitos de interacción en los que los sujetos que permanecen mantienen relaciones sociales por encima de las fronteras, mediante diversas formas de comunicación. Las redes dentro del campo conectan a la gente que carece de conexiones directas, a través de la frontera, con aquellos que las tienen. Además, las redes pueden consistir en vínculos fuertes o débiles, que contactan a las personas que tienen relaciones transnacionales con aquellos que no las poseen, pero que reciben influencias indirectas de los flujos de ideas, objetos y remesas colectivas dentro de su campo de relaciones sociales (Levitt, 1999). No podemos suponer que aquellos que tienen vínculos sociales más directos estarán más activos, en lo transnacional, que los que cuentan con conexiones más débiles; ni presumir que las acciones y las identidades, de quienes tienen vínculos más indirectos, no se ven influidas por la dinámica dentro del campo. En cualquier estudio, el investigador determinará los parámetros del campo que examina y definirá los indicadores para analizar su fuerza e impacto.

Por ejemplo, puede haber un individuo central que sostiene altos niveles de contacto con el terruño y que constituye el nodo por el que fluyen la información, los recursos y las identidades. Aunque otros sujetos pueden no identificarse o participar en esos campos, el hecho de que sean parte de los mismos campos sociales transnacionales lo mantiene informado y conectado, de tal manera que pueden actuar si los hechos lo motivan a hacerlo. El caso de que determinado individuo esté integrado en un campo social transnacional es la mejor señal de tales comportamientos, que si lo vemos, simplemente, como integrado dentro de un conjunto de relaciones delimitadas nacionalmente.

El concepto de campo social también pone en tela de juicio las divisiones tajantes del vínculo entre lo local, lo nacional, lo transnacional y lo global. En cierto sentido, todos esos nexos son locales pues las conexiones, cercanas y distantes, penetran las existencias cotidianas de los individuos que las viven dentro de una localidad. Pero, al interior de ésta, una persona puede participar en redes personales o recibir ideas y datos informativos que la conecten con otras, en un Estado–nación, a través de las fronteras de un Estado–nación, o globalmente, sin haber migrado jamás. Al conceptualizar los campos sociales transnacionales, como algo que trasciende las fronteras de los Estados–nación, también es posible notar que los individuos dentro de estos campos están influidos, a través de sus actividades y relaciones cotidianas, por múltiples conjuntos de leyes e instituciones. Sus ritmos y actividades cotidianos responden no sólo a más de un estado simultáneamente, sino, asimismo, a instituciones sociales, como los grupos religiosos, que existen dentro de muchos estados y más allá de sus fronteras.





Una perspectiva del campo social revela, además, que hay una diferencia entre las formas de ser en un campo social, en contraposición con las formas de pertenecer (Glick Schiller, 2003; 2004).<sup>9</sup> Las formas de ser se refieren a las relaciones y prácticas sociales existentes en la realidad, en las que participan los individuos, más que a las identidades asociadas con sus actividades. Los campos sociales contienen instituciones, organizaciones y experiencias, dentro de sus varios planos, que generan categorías de identidad, a las que se adscriben, o son escogidas por, los individuos y grupos. Los sujetos pueden estar incorporados a un campo social, pero no reconocerse con un membrete o con una política cultural asociados con ese campo. Tienen la potencialidad de actuar o identificarse en un momento determinado, porque viven dentro del campo social, pero no todos han decidido que así sea.

En contraste, las formas de pertenecer refieren las prácticas que apuntan o actualizan una identidad, que demuestran un contacto conciente con un grupo específico. Estas acciones no son simbólicas, sino prácticas concretas y visibles que señalan la pertenencia, como el llevar consigo una cruz para los cristianos o una estrella de David para los judíos, el agitar una bandera o seleccionar una tradición culinaria particular. Las formas de pertenecer combinan la praxis con una conciencia del tipo de identidad que está ligada con cada acción.

Dentro de los campos sociales transnacionales, los individuos combinan las formas de ser con las formas de pertenecer, de maneras diferentes en diversos contextos. Una persona puede tener muchos contactos sociales con la gente en su país de origen, pero no identificarse como alguien que pertenece a su terruño. Participa en las formas de ser, pero no en las de pertenecer. De manera similar, una persona es capaz de comer ciertos alimentos, u orar a ciertos santos o deidades, porque eso es lo que siempre ha hecho la familia. Al hacerlo no dan muestras de una identificación conciente con una etnicidad particular o con sus hogares ancestrales. De nuevo, no expresan una forma transnacional de pertenecer.

Por otro lado, hay gente con pocas o nulas relaciones sociales con personas en el país de origen, pero que se comporta de tal manera que afirma su identidad con un grupo particular. Debido a que estos individuos cuentan con una especie de enlace con una forma de pertenecer —por medio de la memoria, la nostalgia o la imaginación— pueden entrar en el campo si lo desean y cuando lo deseen. De hecho, nosotros plantearíamos la hipótesis de que alguien que tuviera acceso a una forma transnacional de pertenecer, quizá actuaría de acuerdo con ella en algún momento de su vida.

Si los individuos participan en relaciones y prácticas sociales que atraviesan fronteras, como una característica regular de su vida cotidiana, exhiben entonces una forma transnacional de ser. Cuando la gente reconoce esto de manera explícita, y subraya los elementos transnacionales de quiénes son ellos, entonces también expresan una forma transnacional de pertenecer. Es claro que estas dos experiencias no siempre van de la mano.

Finalmente, situar a los migrantes dentro de campos sociales transnacionales

<sup>9</sup> Algunos analistas, entre ellos Thomas Faist, distinguen entre «lazos sociales» y «lazos simbólicos».

Al enfatizar las formas de estar, en vez de los lazos sociales, desarrollamos un concepto que desvincula las relaciones sociales de la noción de interés o normas en común.



deja claro que la incorporación a un nuevo Estado y los vínculos transnacionales duraderos no son términos de una oposición binaria. En cambio, es más útil concebir la experiencia del migrante como una especie de indicador que, aunque fijo, se inclina entre el nuevo país y la experiencia transnacional. El movimiento y la estabilidad no son rectilíneos ni secuenciales, sino que pueden girar hacia atrás así como hacia adelante y, con el tiempo, cambiar de dirección. El punto mediano de este indicador no es la incorporación plena, sino la simultaneidad del vínculo. Las personas cambian y se inclinan hacia un lado o el otro dependiendo del contexto y se distancian, así, de la expectativa respecto a ser asimilados —plenamente— o de la completa conexión transnacional, para dirigirse hacia una mezcla de ambas. El reto consiste, entonces, en explicar el matiz sobre la manera en que los migrantes se las arreglan para balancearse y cómo la incorporación en el país anfitrión y los vínculos con el terruño se influyen entre sí.

Por ejemplo, Portes y sus colegas encontraron que los empresarios transnacionales tenían una mayor probabilidad de ser ciudadanos estadounidenses, lo que sugiere que, al convertirse en miembros plenos de su nuevo país, les resultó más fácil tener negocios exitosos en los que se vincularan con el terruño. De manera semejante, algunas comunidades de latinoamericanos utilizan las mismas organizaciones para promover la integración política, en Estados Unidos, que las que utilizan para movilizarse en torno a temas de los países de origen.

En este orden de ideas, Ayse Caglar (2003) propone un útil discernimiento entre la mera conexión y los tipos de conexiones en las que participan, institucionalmente, los individuos en más de un Estado—nación. Se puede tener amigos, colegas o correligionarios con los cuales comunicarse e intercambiar información u objetos a través de las fronteras sin tener, de forma necesaria, que entrar en contacto con el Estado u otras instituciones. Pero si se pertenece a una iglesia, se recibe una pensión o se tienen inversiones en otro país, obligatoriamente se debe negociar dentro de un conjunto de instituciones públicas y privadas que arraigan, con mayor firmeza, estas conexiones. El pivote se encuentra enclavado en dos sistemas legales y regulatorios, por lo que estimula un mayor sentido de integración en el campo social transnacional, al tiempo que hace que las conexiones dentro de éste tengan una mayor posibilidad de permanencia.

## METODOLOGÍA

La metodología y la teoría están íntimamente relacionadas. Para desarrollar un marco transnacional tendiente al estudio de la migración, necesitamos una metodología que nos permita movernos más allá de las oposiciones binarias —como terruño/nuevo país, ciudadano/no ciudadano, migrante/no migrante e inculturación/persistencia cultural— que han tipificado la investigación sobre el fenómeno migratorio en el pasado. Por otro lado, es probable que un marco que privilegie los procesos transfronterizos, en vez de la actividad orientada a la incorporación, no capture la correspondencia entre el enlace transnacional y las relaciones sociales dentro de un sólo Estado—nación.

Utilizar un marco transnacional implica varios cambios metodológicos. Primero, necesitamos enfocar la intersección entre las redes de aquellos que se trasladan y quienes se quedan (Glick Schiller, 2003). Este enfoque permite la comparación entre las experiencias de los migrantes y las de aquellos que sólo son influidos, de manera indirecta, por las ideas, objetos e información que fluye a través de las fronteras. Aun-



que la investigación en varios puntos geográficos es ideal para estudiar estas dos experiencias diferentes, el impacto de las relaciones transnacionales puede observarse al preguntar, a los individuos, acerca de los aspectos transnacionales de sus vidas y sobre aquellos con los que están vinculados en un sólo espacio.

En segundo lugar, necesitamos herramientas que registren la orientación y participación simultáneas de los migrantes respecto a sus países de origen y destino. Estas dinámicas no pueden estudiarse, simplemente, en un punto en el tiempo. La migración transnacional es un proceso, más que un hecho. Las prácticas transnacionales tienen altas y bajas en respuesta a incidentes o crisis particulares. Una sola fotografía instantánea no capta las muchas formas en las que los migrantes participan, periódicamente, en sus países durante los ciclos electivos, los eventos familiares o litúrgicos o las catástrofes climatológicas —su atención y energías varían en respuesta a metas o desafíos particulares—. El estudio longitudinal de las prácticas de los migrantes revela que en momentos de crisis u oportunidad, incluso aquellos que nunca se han identificado o participado transnacionalmente, pero que están insertos en dichos campos sociales, pueden movilizarse. Tal estrategia de estudio ayudaría a explicar la transición de una forma de pertenencia como una identidad diaspórica —armenia, judía, croata— hacia la asistencia directa en las prácticas transnacionales.

Cada una de las metodologías de investigación utilizadas para estudiar el fenómeno migratorio transnacional tienen fortalezas particulares. Creemos que la etnografía es particularmente adecuada para el estudio del establecimiento y la durabilidad de los campos sociales transnacionales. La observación participante y la entrevista etnográfica permiten a los investigadores documentar en el tiempo cómo las personas, simultáneamente, mantienen y modifican repertorios e identidades culturales, interactúan dentro de una localidad y más allá de sus fronteras; además de actuar de modos que son congruentes o contradicen sus valores. Los efectos de los vínculos indirectos fuertes y débiles, con un campo social transnacional, pueden ser observados y son factibles de estudiarse aquellas conexiones que adopten la forma de actores institucionales o individuales. Como las encuestas, la investigación etnográfica también puede comenzar con una muestra aleatoria de personas que migran, o que no tienen intención de regresar a sus hogares.

## PODER

Cuando el individuo pertenece a múltiples espacios entra en contacto con los poderes regulatorios y la cultura hegemónica de más de un Estado. Éstos regulan las interacciones económicas, los procesos y los desempeños políticos e, incluso, tienen proyectos claros de construcción del Estado. Los individuos están insertos, por tanto, en múltiples instituciones legales y políticas que determinan el acceso así como la acción, a la vez que organizan y legitiman los estatus de género, raza y clase. Foucault (1980) escribió que la experiencia del poder va más allá del mero contacto con la ley o la policía. En cambio, el poder cubre y permea todas las relaciones sociales porque lo que es legítimo, apropiado y posible se ve fuertemente influido por el Estado. La gente que vive en campos sociales transnacionales experimenta múltiples lugares y capas de poder, por los que es moldeada, pero también pueden responder y actuar en ellos.

Gran parte de los migrantes se trasladan de un lugar en el que el Estado tiene un



poder relativamente escaso, dentro de un sistema interestatal global, hacia un Estado más poderoso. Al mismo tiempo, muchos de ellos obtienen un mayor poder social, en términos de influencia sobre la gente, la propiedad y la localidad —con respecto al terruño—, que antes de migrar. Esta compleja conjunción de pérdidas y ganancias personales debe abordarse, desde los análisis del poder, dentro de los campos sociales transnacionales. Además, la migración con frecuencia abre la posibilidad de que los migrantes transnacionales contribuyan, positiva o negativamente, a los cambios en el sistema económico y político global. Por ejemplo, los movimientos nacionalistas a larga distancia han tenido, desde hace mucho tiempo, una influencia en el edificación de la nación y en sus transformaciones. Lituania no se habría convertido en lo que es si quienes emigraron a Estados Unidos no hubieran imaginado, primero, su emergencia, para luego movilizarse y hacerla realidad (Glazer, 1954). Los antiguos exiliados iraquíes juegan, ahora, un papel crítico en la reconstrucción de un Estado iraquí. Los migrantes transnacionales también pueden fortalecer, o debilitar, movimientos religiosos como los fundamentalismos islámico y cristiano o el nacionalismo hindú.

Los migrantes no sólo tienen el potencial para alterar la posición de los Estados dentro del orden económico mundial, sino que también pueden influir en las funciones internas de dichos entes políticos. Pueden constituirse en fuerzas a favor de la privatización, porque quieren sistemas telefónicos que funcionen así como escuelas y hospitales privados, donde sus familiares puedan ser atendidos. Pueden hacer presión, sobre los Estados, para que instituyan legislaciones conservadoras que preserven los valores tradicionales. Al actuar dentro de sus campos sociales transnacionales, los migrantes también promueven movimientos a favor de los derechos, la justicia social y las luchas anti imperialistas.

Los migrantes transnacionales transforman, asimismo, el poder al redefinir las funciones del Estado receptor. Hay muchas instancias, como en las comunidades cubana, israelí e irlandesa, en las que los migrantes han tenido éxito al movilizar las legislaturas de los países receptores para que apoyen proyectos en su lugar de origen. El Estado mexicano y los migrantes transnacionales procedentes de dicho país, que viven en Estados Unidos, han alterado las maneras en que algunas instituciones estadounidenses clasifican y procesan a los individuos. Al expedir la matrícula consular, o una tarjeta de identidad consular —para los migrantes mexicanos que permanecen legal o ilegalmente en Estados Unidos—, presionan a los bancos, las oficinas encargadas de los vehículos automotores, así como a las compañías de seguros para automóviles, para que respondan a los migrantes de diversos modos.

### CLASE, RAZA Y GÉNERO

Los académicos han tendido a estudiar la clase, la raza y el género como ámbitos discretos de experiencia. En nuestro caso, nos basamos en la teoría feminista para hacer notar que —dado que la clase, raza y género son constituidas de manera recíproca— debemos discutir las juntas. Nos aproximamos a las mismas como posiciones jerárquicas que conllevan un poder social diferenciador. Los datos sobre estos estatus variables ilustran los límites analíticos del nacionalismo metodológico —utilizamos estadísticas nacionales sobre el ingreso para evaluar el estatus socioeconómico sin pensarlo más, aun cuando algunos migrantes evalúan su estatus con respecto a múltiples grupos de referencia y



diversos sistemas económicos—. Dado que la sociedad es diferente del sistema político (*polity*) y está constituida por conjuntos de relaciones sociales en campos colectivos que se intersecan y traslapan, algunos de los cuales son transnacionales, los individuos ocupan distintas posiciones de género, raza y clase dentro de diferentes Estados en el mismo momento. Abordar el estudio del comportamiento migrante desde esta concepción de raza, clase y género hace más comprensibles ciertos procesos sociales.

Por ejemplo, una perspectiva transnacional puede ayudar a explicar datos contradictorios sobre las actitudes y acciones políticas de los migrantes. En algunos casos, las mujeres migrantes se ven situadas con tintes raciales en sus nuevos hogares, y parecen bastante conservadoras respecto a las luchas en favor de los derechos y el reconocimiento. Es frecuente que los migrantes pobres de color en Estados Unidos, por ejemplo, luchen por diferenciarse de los afroamericanos (Waters, 1999). Pueden reforzar e incluso reinventar las distinciones y jerarquías de género, que acaban por ser más rígidas y «tradicionales» que las practicadas en sus lugares de origen (Espíritu, 1997; Lessinger, 1995; Caglar, 1995). Aceptan empleos de bajo estatus en su nuevo país, toleran la discriminación en el trabajo y se resisten a los proyectos políticos o a las protestas laborales que solucionarían estos males. No obstante, cuando las mujeres inmigrantes entran en la fuerza laboral, es frecuente que los hombres asuman una mayor responsabilidad en el cuidado de los niños y del hogar, redefiniendo, con ello, las relaciones de género en términos más igualitarios.

Para entender lo que aparentemente es un comportamiento conservador y que innova a la vez, es necesario resaltar las posiciones múltiples de los migrantes dentro de los campos sociales transnacionales (Pessar y Mahler, 2003). Debido a que los migrantes que son trabajadores, empleados domésticos al cuidado de la salud —que a veces son, al mismo tiempo, propietarios de hogares—, empresarios —de clase media o egresados universitarios en su país de origen— tienen una posición privilegiada frente al sistema, ello les permite tolerar su posición desventajosa frente al otro régimen. En cambio, los hombres que podrían tener una posición más ventajosa, en comparación con las mujeres, en el ámbito del hogar, por lo general están más interesados en conservar los contactos e identidades que los vinculan con su terruño (Grasmuck y Pessar, 1991). En contraste, las mujeres migrantes pueden utilizar los ingresos logrados en el extranjero para mejorar su posición social en el país de origen. La investigación reciente sugiere, asimismo, que los sistemas religiosos transnacionales, como el islam o el cristianismo carismático, también proporcionan caminos alternativos para el logro y la valoración de los estatus que trascienden las fronteras, así como para la adquisición de capital social y recursos (Peterson y Vásquez, 2001).

Mientras que la migración ha sido entendida, desde hace mucho tiempo, como una estrategia para maximizar los beneficios y diversificar el riesgo (Stark, 1991; Massey, 1995), la mayor parte de los estudios supone que esta táctica se modificará una vez que los miembros del hogar se establecen en el país receptor. Pero los migrantes transnacionales y los miembros no migrantes de sus familias y sus amistades, siguen estrategias a largo plazo en sus formas de vida transnacional. Tanto los migrantes como los no migrantes invierten una enorme cantidad de energía para mantenerse dentro o salirse de estas exigencias. Dependiendo de la clase y el género de los migrantes, el sistema moral de obligaciones se transnacionaliza para incluir lo que los migrantes hombres y mujeres se supone que deben hacer, así como lo que los no migrantes deben hacer, en función de respuesta (Glick Schiller y Fouron, 2001; Levitt, 2001a). Los migrantes, asi-



mismo, quieren asegurarse de que cuentan con una red de seguridad, en la que puedan caer si las condiciones empeoran en el país receptor. A medida que la economía de las regiones de origen de los migrantes se hace dependiente de las remesas, los no migrantes sólo pueden optar por ajustarse a su parte en la negociación.

### FAMILIAS TRANSNACIONALES

Buena parte del trabajo sobre los fenómenos de globalización y transnacionalismo se enfoca en la producción. Pero la reproducción también tiene lugar por encima de las fronteras y es un aspecto importante, aunque poco estudiado, de la experiencia del fenómeno migratorio. Si los estudios sobre migración transnacional nos motivan a reflexionar sobre el terreno en que se dan los procesos sociales, este replanteamiento también debe incluir la reproducción social.

Numerosos estudios ilustran la manera en que se transforman los límites de la vida familiar a lo largo del ciclo vital. Los miembros de la segunda y tercera generaciones, en Europa y Estados Unidos, continúan en su retorno al medio oriente y el sur de Asia para buscar a sus cónyuges potenciales (Hooghiemstra, 2001; Lesthaeghe, 2002; Levitt, 2003a). Un número creciente de mujeres se ha sumado a la cifra de varones que encabezan familias transnacionales (Parrenas, 2001; Hondagneu-Sotelo y Avila, 2003). La vida familiar transnacional implica el convenir a larga distancia la comunicación entre los esposos, el repartimiento de las tareas en el trabajo y la decisión sobre quién migra y quién se queda (Pessar y Mahler, 2001). Los no migrantes imaginan, también, las vidas sexuales de sus compañeros migrantes y cambian sus ideas acerca de los matrimonios exitosos y los compañeros adecuados para el matrimonio. Levitt (2000) encontró que las mujeres jóvenes, en el pueblo dominicano que estudió, sólo querían casarse con hombres que migraran porque eran considerados los proveedores y compañeros de vida ideales.

Mientras que los adultos toman decisiones familiares, los niños constituyen el eje central de este tipo de migración y, con frecuencia, son un argumento decisivo por el cual la familia se traslada de un lugar a otro y conserva lazos transnacionales (Orellana *et al.*, 2001; Zhou, 1998). Los estudios centrados en los adultos no dejan claro cómo los niños tienen un papel activo en la configuración de los viajes del grupo familiar, los espacios en que se mueven y sus experiencias dentro de esos campos sociales. Esto es particularmente cierto cuando los niños maduran para convertirse en adultos jóvenes. Kandel y Massey (2002), por ejemplo, encontraron una cultura de la migración tan profundamente enraizada en las comunidades mexicanas estudiadas por ellos que el fenómeno migratorio transnacional se convertía en la norma. Los jóvenes en particular veían a la migración como un rito de paso y como una forma de fruto económico, mismo que no podrían alcanzar en México.

Los estudios que describimos son prueba de que un número creciente de hogares se constituyen de manera transnacional, trascendiendo generaciones, y de que en algunos casos el vivir transnacionalmente se convierte en la norma (Nyberg Sorenson y Fog Olwig, 2001). ¿Cómo debemos repensar, en consecuencia, el conocimiento convencional acerca de la familia?

Primero, el uso de una óptica transnacional revela la naturaleza cambiante de la familia, como unidad socioeconómica estratégica, y cómo los lazos familiares son modificados y vueltos a transformar en el tiempo y en el espacio. Deborah Bryceson y Ulla



Vuorela (2002) utilizan el término «relativizante» para referirse a los modos en que los individuos establecen, mantienen o limitan los vínculos con miembros específicos de la familia. Dentro de los campos sociales transnacionales, los individuos promueven activamente o dejan de lado sus lazos de sangre y sus parentescos inventados con base en sus necesidades particulares al decidir, estratégicamente, cuáles nexos resaltar y cuáles desatender. En segundo lugar, en muchos casos el socializar y la reproducción colectiva suceden transnacionalmente, en respuesta a cuando menos dos contextos sociales y culturales. Incluso, los niños que nunca regresan a la tierra ancestral de sus padres son criados en hogares en los que las personas, los valores y las exigencias, que se originan en otra parte, están presentes cotidianamente. De igual forma, los hijos de no migrantes son criados en redes sociales y lugares que están permeados, de manera completa, por las personas, los recursos y las remesas sociales del país de destino. Para estos individuos, la experiencia generacional no está limitada territorialmente. Se basa en experiencias reales e imaginadas, que se comparten por encima de las fronteras, independientemente de dónde se nazca o se viva en un momento dado.

Situar a los migrantes y sus familias, de manera rígida, dentro de campos sociales transnacionales, requiere repensar el concepto de generación y el término «segunda generación» (Glick Schiller y Fournon, 2002). Definir la generación como un proceso lineal que involucra claras fronteras entre una experiencia y la siguiente, no describe adecuadamente la experiencia de vivir en un campo transnacional, porque implica un apartamiento entre la socialización y las redes sociales —de los migrantes y los no migrantes— que puede ser inexistente. Tampoco toma en cuenta que las experiencias generacionales están conformadas por experiencias comunes durante la juventud, lo que crea una cosmovisión compartida, o un marco de referencia, que influye en el activismo social y político subsiguiente (Mannheim, 1952; Eckstein 2002).

Aun cuando muchos estudiosos del tema ya reconocen la importancia de los lazos transnacionales para la generación inmigrante, algunos predicen que éstos se debilitarán entre sus hijos. En Estados Unidos, estos investigadores han encontrado que las actividades transnacionales de la segunda generación están confinadas, de manera primordial, a ciertos grupos que, en buena parte, están física y emocionalmente arraigados en Estados Unidos y carecen del lenguaje, las habilidades culturales o el deseo de vivir en el terruño de sus ancestros. Dado que estos individuos sólo ocasionalmente son activistas transnacionales, y sus actividades se restringen a arenas muy específicas de la vida social, es probable que esto tenga mínimas consecuencias a largo plazo (Rumbaut, 2002; Kasinitz *et al.*, 2002).

Pero el que estos individuos establezcan o conserven algún tipo de nexo transnacional, depende del grado en el cual sean criados en un espacio del mismo tipo. Es claro que las actividades transnacionales no tendrán un lugar central en la vida de la mayor parte de los miembros de la segunda generación, y aquellos que participen en ellas no lo harán con la misma frecuencia e intensidad que sus padres. Pero los estudios que concluyen que las prácticas transnacionales carecerán de importancia pueden pecar de falta de visión. Acaso dejan de lado el efecto de las muchas actividades periódicas y selectivas, de carácter transnacional, en las que participan algunos individuos en diferentes etapas de sus vidas (Levitt, 2002b; Glick Schiller y Fournon, 2002; Smith, 2002). Puede darse el caso que tampoco logren diferenciar entre las formas de ser y las posibles formas de pertenecer, que el deseo y la capacidad de participar, en las prácticas transnacionales, pueden disminuir y aumentar en diferentes fases del ciclo



vital así como en diferentes contextos. En el momento del matrimonio o de la crianza de los hijos, los mismos individuos, quienes mostraron poco interés por el terruño y la cultura paternos, pueden activar sus vínculos dentro de un campo transnacional, al buscar a su posible cónyuge, o valores que enseñar a sus hijos (Espiritu y Tham, 2002). Los hijos de los gujaratis que regresan a la India para encontrar a sus compañeros de matrimonio; los paquistaníes de la segunda generación que comienzan a estudiar el islam y los valores paquistaníes cuando tienen hijos; o los estudiantes de las escuelas de administración de origen chino americano, que se especializan en sistemas bancarios asiáticos, hacen precisamente lo que apuntábamos con anterioridad.

#### EL ESTADO–NACIÓN: EXTENSIONES Y LÍMITES

El uso de una óptica transnacional también llama la atención hacia la naturaleza cambiante del activismo político y del Estado–nación, junto con la forma cómo estos se ven modificados, y modifican, los campos sociales transnacionales en los que están insertos. Tanto los migrantes como los refugiados siguen participando en una variedad de prácticas políticas que trascienden las fronteras, las cuales se dirigen a su terruño y a su país de destino. Parte de los primeros trabajos, sobre la migración transnacional, predecía que estas actividades se debilitarían o, en algunos casos, traerían consigo la decadencia del Estado–nación. En cambio, lo que vemos es una reformulación del Estado que asume nuevas funciones, renuncia a algunas responsabilidades en favor de otras y redefine quiénes son sus miembros. La investigación futura requerirá explorar por qué algunos Estados cambian como reacción frente a sus ciudadanos cada vez más transnacionales, mientras que otros no lo hacen. También necesitamos preguntarnos qué funciones abandonan los Estados, bajo qué condiciones y qué roles inéditos asumen. Finalmente, necesitamos identificar nuevos tipos de organizaciones y colectividades que surgen para llenar el hueco que deja el cambiante Estado.

Dentro de los Estados de origen, encontramos la mayor cantidad de cambios en leyes, políticas estatales y prácticas migratorias, tanto en el ámbito nacional como en el local. La vulnerable posición geopolítica de muchos de los Estados periféricos de origen de la migración, la pobreza creciente con el arribo de las políticas de ajuste estructural y las barreras raciales con las que se topan los migrantes, explican las tendencias recientes hacia la ampliación de los límites de la ciudadanía (Basch, Glick Schiller y Szanton Blanc, 1994; Guarnizo, 2003; Itzigsohn, 2000). Los gobiernos de varios Estados, inclusive dentro de Europa occidental, ven la utilidad de tener acceso a poblaciones establecidas en otros lugares. Irlanda, Grecia, Italia y Portugal, recientemente, han desarrollado políticas y discursos que incluyen a sus «comunidades en el exterior».

Los Estados han desplegado toda una gama de políticas que reflejan a quiénes redefinen como sus miembros. Algunos de estas entidades establecen «políticas del terruño», que estimulan el contacto del Estado con los migrantes temporales para facilitar su retorno. Otras desarrollan «políticas de naciones globales», que promueven los lazos duraderos con los colonos permanentes en el exterior, para asegurar su continuada membresía y su lealtad, en vez de su retorno (Goldring, 2002; Smith, 1998).

Pero no todos los Estados de origen de los migrantes son iguales. Algunos varían respecto a su disposición y capacidad, para estimular el activismo transnacional, así





como sobre qué tan dispuestos están a conceder derechos políticos a los emigrantes y sus descendientes, incluidos, entre éstos, el derecho al voto mientras vivan en el extranjero. Proponemos la siguiente clasificación para dar cuenta del probable matiz en las posibles arenas y tipos de respuestas del Estado a los emigrantes. Los Estados difieren en relación a sus retóricas o el tipo de ideología de la nacionalidad que promulgan. Y varían respecto a las políticas públicas o los tipos de programas y estrategias que ponen en práctica.

### LA EXTENSIÓN DE LOS DERECHOS POLÍTICOS

La extensión de los derechos es una obligación legal. Algunos Estados distinguen entre dos categorías de membresía: ciudadanía y nacionalidad. La primera delimita el carácter de los derechos y obligaciones de sus miembros dentro del sistema político nacional. La otra, la nacionalidad, define, legalmente, una categoría de pertenencia sin conceder derechos ciudadanos plenos.

Los Estados de origen han promulgado una gama de distinciones legales, tendientes a delimitar las categorías de ciudadanía y nacionalidad: a) la negación de la doble ciudadanía o de cualquier forma de acceso doble a los derechos. Países como Haití y Alemania no permiten que se dupliquen los conjuntos de derechos;<sup>10</sup> b) la concesión de la doble nacionalidad o el permitir algunos privilegios legales, a los emigrantes y sus descendientes, pero que no otorgan la doble ciudadanía. México e India han adoptado esta posición y, de alguna manera, reconocen legalmente a sus «nacionales»; c) la doble ciudadanía por la cual se les conceden plenos derechos, a los emigrantes y sus descendientes, al regresar a su terruño, incluso si tienen, además, un pasaporte de otro país. Estados tan distintos como Francia, Irlanda, Grecia, República Dominicana, Brasil, Italia, Portugal y China tienen esa política. El gobierno chino reconoce a las personas nacidas en China como ciudadanas de ese país, quieran o no y exijan o no la doble ciudadanía; y d) la doble ciudadanía con derechos plenos mientras se está en el extranjero. Las personas que viven en el extranjero, oriundos de países como Colombia, tienen derecho a elegir representantes en la legislatura del país de origen.<sup>11</sup>

La expansión de la doble nacionalidad o ciudadanía, en sus diferentes formas, implica que incluso personas que no están activas en la política transnacional, o siquiera situadas dentro de los campos sociales transnacionales, pueden acceder a estas membresías si desean reclamarlas. Como estrategia identitaria, de inversión, o incluso

<sup>10</sup> Sin embargo, Alemania permite la doble ciudadanía para los Aussiedler, judíos y personas cuyos países no permiten que se rechace la ciudadanía, mientras que Haití, sin alterar sus leyes de ciudadanía, considera a su diáspora como parte de la nación haitiana.

<sup>11</sup> La cifra de los países que aceptan alguna forma de doble pertenencia se eleva rápidamente. Tan sólo en América Latina, en el año 2000, diez países permiten alguna forma de doble nacionalidad o ciudadanía: Brasil, Colombia, Costa Rica, República Dominicana, Ecuador, El Salvador, México, Panamá, Perú y Uruguay, mientras que tan sólo cuatro países tenían esa posibilidad legal antes de 1991 (Jones-Correa, 2002). Otros países reconocen de manera selectiva la doble membresía con signatarios específicos. Guatemala tiene un acuerdo con otros países de Centroamérica y varios países tienen acuerdos similares con España.



como estrategia de salida, la membresía múltiple dota al individuo de diversas posiciones potenciales con respecto al Estado.

### IDEOLOGÍA Y NACIONALIDAD

Estados como China, Irlanda, Portugal y Haití proponen un autoconcepto nacional, basado en los lazos de sangre que vinculan a los residentes en el mundo con sus respectivos países de origen. Han redefinido sus territorios para incluir a quienes viven fuera de ellos. Pueden hacer esto, como en el caso de Haití, pero sin conceder una doble nacionalidad o ciudadanía. Por tal razón, es útil distinguir entre las conexiones legales y las ideologías del nacionalismo a larga distancia. A partir del concepto original de Anderson, Glick Schiller y Fouron (2001), definen el nacionalismo a larga distancia como un conjunto de ideas acerca de la pertenencia que vincula al individuo que vive en diversos puntos geográficos, las cuales motivan o justifican el emprender acciones en relación con un territorio ancestral y su gobierno. Como en otras versiones del nacionalismo, el concepto de una nación con un territorio (*territorial homeland*), gobernada por un Estado que la representa, permanece como un elemento central, pero no se piensa que las fronteras nacionales delimiten la membresía en la citada nación. Los ciudadanos que residen dentro del territorio de la nación ven a los emigrantes y a sus descendientes como parte de ésta, cualquiera que sea la ciudadanía legal que posean los emigrados.

Estas ideologías de nacionalidad se transforman, con el tiempo, en diferentes momentos de la construcción del mencionado concepto. En términos globales, antes de la Primera Guerra Mundial, la ciencia apoyaba el concepto de nación a partir de la raza. A mediados del siglo xx, cuando la retórica de la sangre y de la raza, se desacreditó y las poblaciones de los Estados-nación comenzaron a ser vistas como compuestas tan sólo por quienes vivían dentro de los territorios nacionales, los Estados de origen de los emigrantes mostraron una tendencia a no considerar, como propias, a las poblaciones de emigrados. Algunos dictadores como Salazar, en Portugal, y Duvalier, en Haití, estaban particularmente interesados en denunciar a los expatriados, quienes, con frecuencia, se organizaban como fuerzas opositoras a sus regímenes. Desde los años setenta, durante el actual periodo de la globalización, de nuevo surgió el discurso de la sangre, utilizado por diversos Estados. Malasia utiliza la ascendencia como una manera de diferenciar a las poblaciones que son consideradas como nativas de ahí —y dignas de derechos ciudadanos plenos—, frente a otras poblaciones como las personas con ascendencia china e hindú (Ong, 1999; Bunnell, 2002). Portugal ha reclamado a las poblaciones emigradas de su territorio y ha permitido una doble ciudadanía, así como el que se organicen consejos de portugueses en el extranjero. Al promover su entrada en la Unión Europea, Portugal usó, como argumento, dar acceso especial a nativos de países como Brasil, de la misma forma que una relación especial con las poblaciones lusoparlantes de África (Feldman-Bianco, 2002).

### LAS FUNCIONES CAMBIANTES DEL ESTADO

Los Estados adoptan algunas tareas y abandonan otras, como respuesta al fenómeno migratorio transnacional. En su revisión, Levitt y Dehesa (2003) encuentran que los



gobiernos de América Latina instituyeron varios paquetes de iniciativas. Reformaron los servicios ministeriales y consulares, para hacerlos más eficientes en su respuesta a las necesidades de los emigrados. Pusieron en práctica políticas de inversión diseñadas para atraer y canalizar las remesas de dinero. Concedieron la doble nacionalidad o la doble ciudadanía, el derecho al voto desde el exterior o el derecho a presentarse como candidatos a puestos de elección popular. Finalmente, emplazaron políticas simbólicas diseñadas para reforzar el sentido de una membresía duradera en los emigrados.

Los Estados de origen instituyeron estas políticas por varias razones. Una de las principales es que las remesas exceden, con mucho, a los fondos recibidos en el rubro de apoyo oficial para el desarrollo, y a los portafolios de inversión, en muchos de los países menos desarrollados (Naim, 2002). Según el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), «en el año 2002, tan sólo las remesas hacia América Latina aumentaron en un 18% hasta alcanzar los 32 mil millones de dólares en comparación con los niveles del año 2001, o en un 32% de los 103 tres mil millones de dólares que se calcula fueron enviados a los países en desarrollo» (University of California, Davis, 2003). Pero las motivaciones económicas de los países de origen, para conservar lazos firmes con los migrantes, van más allá de las remesas. Los inmigrantes comercian con dichas naciones y atraen grandes cantidades de dólares en turismo. Los empresarios exitosos de países tan disímiles como India, Israel, China, Brasil, Taiwán, México y Pakistán no sólo aportan dinero, sino también energías y habilidades empresariales y tecnológicas. La fuga de cerebros puede convertirse en una mayor circulación o en una ganancia de cerebros (Saxenian, 2002). Finalmente, los Estados intentan atraer las lealtades de los emigrantes, pues los ven como una potencial fuerza política en el país receptor, capaz de promover sus intereses económicos y de política exterior (Mahler, 2000; Levitt, 2001a). Algunos Estados incluso estimulan la integración política en el país receptor, de manera que los emigrantes estén mejor situados para actuar en su beneficio.

Los Estados no son, únicamente, actores políticos que definen a sus representados de manera transnacional, o que realizan actividades al cruzar fronteras. Los partidos políticos pueden operar en el exterior, en especial si los emigrantes se han establecido en cantidades considerables y conservan lazos suficientes para influir en las elecciones al interior del terruño. Es frecuente que los políticos mexicanos, dominicanos y haitianos realicen campañas en Estados Unidos. Los tres principales partidos políticos dominicanos poseen organizaciones con sedes en Estados Unidos, mismas que intentan atraer el apoyo de los migrantes a lo largo de la Costa Este. En el caso turco, los partidos con agendas primordialmente religiosas o nacionalistas —ejemplo de esta última tendencia es el Milli Hareket Partisi y, del ámbito religioso, el Saadet Partisi— a menudo envían líderes al norte de Europa para obtener simpatizantes (Ostergaard–Nielsen, 2003).

Algunas regiones de grandes países, como Brasil o India, comienzan a actuar también como agentes transnacionales, independientemente de la posición del gobierno nacional. Ello es especialmente cierto en circunstancias en que la mayoría de los emigrantes surgen de unas cuantas regiones o provincias. Las políticas de las subdivisiones administrativas difieren de las actividades transnacionales de los gobiernos nacionales, dado que las administraciones regionales no controlan la inmigración y porque la ciudadanía formal, así como sus actividades transnacionales, se ven impulsadas por esfuerzos tendientes a promover las lealtades de la región, o locales extraterritoriales, en lugar de la construcción nacional (Baubock, 2003). En el caso brasileño,



el gobierno municipal del Gobernador Valadares y el gobierno estatal de Minas Gerais generaron fondos de inversión y esquemas de promoción empresarial, diseñados con base en las lealtades locales de los emigrantes. De manera similar, en India, el gobierno del estado de Gujarat instituyó varias iniciativas para estimular los proyectos económicos a larga distancia, las cuales incluyen la exención de impuestos y el apoyo burocrático para los inversionistas potenciales, en una línea por separado de los esfuerzos del gobierno nacional y los partidos políticos tendientes a fomentar la participación de los inmigrantes no residentes (Levitt, 2003a).

Unidades tan pequeñas, como los pueblos, también pueden definirse transnacionalmente y participar en actividades orientadas al desarrollo. En tales casos, los actores, por lo general, son emigrantes que viven en el extranjero y organizan agrupaciones de oriundos. Por ejemplo, las asociaciones de nativos mexicanos, salvadoreños y dominicanos ofrecen financiamiento y ponen en práctica numerosos proyectos de desarrollo comunitario, que anteriormente eran asunto del Estado (Goldring, 2002; Landolt, 2001). Asumen este papel en una época de neoliberalismo, en la que los Estados evitan cada vez más algunos roles que rara vez lograban cubrir, a cabalidad, en países alejados de los centros capitalistas.

Con base en su postura frente a los emigrantes, la cual combina leyes, retórica y políticas públicas, identificamos varias categorías generales de Estados de origen de los migrantes:

- **LOS ESTADOS–NACIÓN TRANSNACIONALES.** Algunos Estados se han convertido en Estados–nación transnacionales. Tratan a sus emigrantes como miembros a largo plazo y distancia. Los funcionarios consulares, junto con otros representantes del gobierno, todavía son vistos como parcialmente responsables de proteger y representar a los emigrantes. Tales Estados también conceden una doble ciudadanía o nacionalidad. Es frecuente que dichas entidades se hagan tan dependientes de las remesas que las contribuciones y la participación de los migrantes transnacionales llegan a convertirse en una parte integral de las políticas nacionales (Guarnizo, Portes y Haller; 2003). Estados como El Salvador, México, Portugal, República Dominicana y Brasil se ajustan a esta categoría.
- **LOS ESTADOS ESTRATÉGICOS Y SELECTIVOS.** Son más comunes y estimulan algunas formas de nacionalismo económico y político a larga distancia, pero desean administrar, de manera selectiva y estratégica, lo que los inmigrantes pueden hacer y lo que no. Al igual que los Estados–nación transnacionales, estas entidades reconocen, incluso, la enorme influencia política y económica que ejercen los migrantes y la dependencia que han generado. Admiten que la mayoría de ellos muy probablemente no regrese y quieren asegurar su participación permanente, aunque pretenden conservar cierto grado de control, pues temen que los intereses de aquéllos entren en conflicto con los del Estado. Dichos Estados ofrecen paquetes versátiles de privilegios fiscales y servicios a los emigrantes, al fomentar la membresía a larga distancia, no obstante, nunca conceden los derechos legales de la ciudadanía o la nacionalidad. Se sitúan en la delgada línea que separa el proporcionar incentivos suficientes para reforzar la membresía a larga distancia, por un lado, y la de darles privilegios, lo que implicaría atenderlos «demasiado» ante los ojos re-



sentidos de los no migrantes. India, Filipinas, Haití y Turquía han intentado atraer el apoyo de sus poblaciones en el extranjero, sin concederles participación plena en sus actividades políticas internas (Geithner, 2002).

- **LOS ESTADOS DESINTERESADOS Y DENUNCIANTES.** Constituyen un tercer tipo de Estado. Las entidades que adoptan esta postura tratan, a los migrantes, como si ya no pertenecieran a su terruño. Cualquier aproximación que haga dicho grupo, frente a su tierra ancestral, es vista con suspicacia, ya que los migrantes son percibidos como personas que abandonaron su tierra, e incluso como traidores a su causa. Esta postura era más común antes del actual periodo del fenómeno globalizador. Sin embargo, aún actualmente, cuando los gobiernos enfrentan una oposición poderosa y manifiesta en el exterior, pueden intentar desacreditar la influencia de los emigrados. Un ejemplo de ello lo constituye la relación entre Cuba y los cubanos en Estados Unidos, caso que resulta particularmente interesante, dado que las remesas tienen un importante peso en la vida económica de la isla (Cervantes–Rodríguez, 2003; Eckstein y Barberia, 2002). Eslovaquia hizo lo posible por mantener alejadas a las poblaciones en el exterior, tras la Guerra Fría, y no les permitió representación alguna en el nuevo sistema político (Skrbiš, 1999).

#### MEMBRESÍA Y CIUDADANÍA

Comprender la migración desde una perspectiva transnacional incluye, asimismo, una revisión del significado de la membresía en el Estado–nación (Yuval–Davis, 1997; Delgado y Stefanicic, 2003). Aun cuando los Estados conceden la membresía a través de leyes que otorgan la residencia y la nacionalidad legales, el individuo también exige a los Estados, independientemente de su condición jurídica. Por lo tanto, los migrantes sin la ciudadanía plena pueden actuar como ciudadanos sustantivos o sociales, y exigir derechos o asumir privilegios que, en principio, sólo se dan a los ciudadanos (Flores y Benmayor, 2000). Tal es el caso de aquellos que, sin ciudadanía legal, pelean y mueren como miembros del ejército de un país, como lo hacen, legalmente, en el ejército estadounidense; quienes protestan en las calles por las políticas públicas y que acceden a diversos programas y servicios sociales, sin ser ciudadanos. Los individuos enlazados, por medio de redes colectivas, a un campo social transnacional exigen, actúan e incluso se ven, a sí mismos, desde una posición de miembros de un país en el que no han vivido.

La concepción de la ciudadanía sustantiva, según se ejerce dentro de los campos sociales transnacionales, contradice los hallazgos de quienes proponen la ciudadanía post nacional (Soysal, 1994). Dichos estudiosos hacen a un lado el ámbito de los Estados–nación y dirigen su mirada hacia los regímenes de los derechos globales para proteger, y representar, a los individuos que viven fuera de su patria. Las personas, en los campos sociales transnacionales, pueden encontrar apoyos en sistemas jurídicos plurales en su búsqueda de derechos desde su carácter de refugiados, o de minorías raciales o religiosas. Pero el régimen de derechos internacionales, como se ha hecho notar repetidamente, depende todavía, en gran medida, de los Estados para su vigilancia (Foblets, 2002; Woodman, 2002).

Aquellos que viven dentro de los campos sociales transnacionales formulan exi-



gencias, a los Estados, como ciudadanos legales o sustantivos, demandas que pueden concretarse hasta que surge un determinado hecho o crisis. Acaso participen en cabildos, protestas, organizaciones o campañas de información pública para influir el gobierno del Estado en que residen actualmente, en su terruño o en algún otro Estado con el que estén relacionados. El centrarse, simplemente, en los derechos legales y en la membresía formal omite este conjunto más amplio de individuos que, en diversos grados, actúan como miembros de una sociedad, aun cuando no pertenecen formalmente a ella y, al hacerlo, influyen y se ven influidos por el Estado. Glick Schiller y Fouron (2001) proponen el término «ciudadanos transfronterizos», para dar cuenta de aquellos que pueden ser ciudadanos, o no, de los países de origen de la migración y del destino de ésta, pero que, de cualquier modo, expresan algún rango de ciudadanía social en ambos sistemas políticos.

La membresía parcial, en dos sistemas políticos, también cuestiona aspectos centrales de las formas de gobierno en al menos dos modos. Primero, la doble pertenencia pone en duda la noción misma de forma de gobierno (*governance*), porque no es evidente qué Estado es responsable, en última instancia, de determinados aspectos de las vidas de los migrantes transnacionales. Quienes viven entre dos fronteras, ¿en dónde han de obtener sus servicios de salud, pagar impuestos o prestar su servicio militar? ¿Qué Estado asume la responsabilidad primaria en la defensa y la representación de los migrantes? ¿Qué sucede cuando los migrantes reciben una sentencia de muerte en su país de destino, cuando la pena capital está prohibida en su país de origen?

Además, las múltiples experiencias de los ciudadanos transfronterizos, respecto de las formas de gobierno y la socialización política, no ocurren aisladas unas de otras. Aquellos que se encuentran en los campos sociales transnacionales están expuestos a diferentes ideas de los derechos y responsabilidades de los ciudadanos, así como a diversas historias de práctica política. Como consecuencia, ingresan en el ámbito político con un más amplio repertorio de derechos y responsabilidades, que los ciudadanos que sólo viven dentro de un Estado. El hecho de que los migrantes puedan conducir su experiencia de acuerdo con los regímenes jurídicos internacionales, también les dota de un punto de vista desde el cual pueden repensar su relación con el Estado (Pessar, 2001; Levitt y Wagner, 2003). Los migrantes son portadores de nociones acerca de las formas de gobierno, las cuales transforman la política de los países de destino, reformulan sus ideas y prácticas —en respuesta a sus experiencias con los Estados de destino— y comunican éstas a quienes permanecen en sus terruños, o a los miembros de sus redes establecidos en otros Estados. El tipo de cultura política que surge y la clase de exigencias que se les hacen, a los Estados, varían en consecuencia. Los migrantes haitianos, por ejemplo, influyeron en el sistema político estadounidense con sus llamados a un gobierno con mayor responsabilidad por su pueblo (Glick Schiller y Fouron, 2001). Las experiencias compartidas de incorporación democrática, en el Estado receptor, pueden retroalimentar las actividades transnacionales que lleven a una política más transparente en el país de origen (Shain, 1999).

#### LA RELIGIÓN: ENTRE SER Y PERTENECER

Aun cuando el grueso de los académicos reconoce la importancia de las prácticas económicas, políticas y socioculturales de carácter transnacional, de los migrantes, ape-



nas recientemente han comenzado a atender la relación entre el fenómeno migratorio transnacional y religión. En contraste con las secciones anteriores de este artículo —en las que nos centramos en las implicaciones de los hallazgos de la investigación hasta la actualidad—, nuestro propósito, en este apartado, es sintetizar esta literatura emergente y sugerir algunos rumbos del trabajo futuro.

La religión, como ideología o conjunto de prácticas, no coincide con las fronteras de los Estados-nación. Su falta de ajuste explica en parte por qué los científicos sociales, en buena medida, han ignorado el análisis de la religiosidad. La gran teoría sociológica, en sus diversas formas de pensamiento lineal, planteó una evolución colectiva de la religión a lo racional. Los teóricos de la inmigración esperaban que los inmigrantes desarrollaran instituciones religiosas en su nuevo país, como parte del proceso de incorporación. Pero se estimaba que estas organizaciones perdieran fuerza en unas cuantas generaciones.

No todos los vínculos religiosos transfronterizos están ligados con la migración; no obstante, las poblaciones migrantes pueden identificarse como diásporas religiosas, en vez de aferrarse a la identidad de un Estado-nación o de utilizar los recintos religiosos para expresar su membresía en dos sistemas políticos. Un cuerpo de publicaciones, bastante amplio, rastrea el curso de las creencias e instituciones cristianas, hindúes y musulmanas que atraviesan las fronteras nacionales y vinculan diversas poblaciones (Beyer, 2001; Robertson, 1991; Vertovec y Peach, 1997). Las agrupaciones religiosas de alcance global configuran la experiencia de la migración transnacional, en tanto que los migrantes se inspiran y recrean, a partir de las religiones globales, al convertirlas en locales y comenzar el proceso de nuevo. Las instituciones migrantes, también, son espacios en los que convergen los distintos modelos de organización colectiva, de difusión global, con las respuestas locales individuales. Y en ellas se producen nuevas mezclas de creencias y prácticas religiosas. El estudio de la migración transnacional y de la religión, por lo tanto, aporta una ventaja empírica para echar un vistazo a las formas de ser y de pertenecer que no pueden abarcarse por el Estado-nación. Al mismo tiempo, estas prácticas e ideas pueden desplazarse hacia proyectos estatales específicos, por parte de las poblaciones transmigrantes, como en el caso del apoyo a los partidos y política nacionalistas hindúes, que brindan los migrantes de dicha nacionalidad plenamente incorporados en Estados Unidos.

La investigación sobre los hábitos religiosos de los migrantes, hasta el momento, se ha centrado en un conjunto de temas y preguntas en común. Algunos de estos estudios tienen que ver con los tipos de nexos religiosos institucionales que produce la migración transnacional (Ebaugh y Chafetz, 2002; Yang, 2002; Levitt, 2003b). Otros estudios se plantean cómo la religión incita o bloquea la membresía transnacional (Wellmeier, 1998; Menjívar, 1999; Peterson y Vásquez, 2001; Kastoryano, 2000). Un tercer conjunto de planteamientos se centra en la relación entre religión y política, desde el punto de vista de cómo ésta se ve afectada cuando los actores participan transnacionalmente. Tales preguntas abordan las formas de pertenencia, ya sea en el caso de dos o más Estados, o en el de una comunidad religiosa transfronteriza que percibe su acceso al poder de Dios, o de los dioses, como una forma de lograr protección frente a los poderes de los Estados (Peterson y Vásquez, 2001; Menjívar, 2002). Es frecuente que a los migrantes a quienes se les niega la ciudadanía, y se les excluye de las principales instituciones económicas, tornen su mirada hacia las comunidades religiosas como formas opcionales de establecer identidades alternativas (Guest, 2002).



A menudo, los migrantes transnacionales se valen de la religión para crear geografías alternas que pueden situarse dentro de las fronteras nacionales, trascenderlas —aunque coexistan con ellas—, o establecen nuevos espacios que, para algunos, tienen mayor significado y les inspiran lealtades más fuertes que los ámbitos políticamente definidos (Levitt, 2003b). Al hacerlo así, amplían los límites de sus prácticas espirituales y las inscriben dentro del panorama físico real en el que se establecen (McAlister, 2002). Al generar y llevar a cabo rituales en un santuario, en honor de su santo patrono nacional, los exiliados cubanos, en Miami, crearon lo que Tweed (1999) llama espacios «transtemporales» y «translocativos». Los rituales que se efectúan ahí les permiten recuperar un pasado en el que vivían en Cuba, e imaginarse el futuro cuando regresen a la isla.

Entender a la sociedad como campos sociales transnacionales, que se intersecan y coexisten dentro y más allá de las fronteras de los Estados, nos dota de poderosas herramientas para definir e investigar los ámbitos religiosos. Quizá la distinción más productiva, que podamos aplicar, radique entre los lazos religiosos que vinculan a la gente con un Estado, en el lugar del terruño, y los lazos religiosos que forman redes transnacionales de conexión que no están basadas en el Estado, como puede ser el cristianismo carismático. La tendencia a estudiar la vida religiosa, analizando sólo las congregaciones que se organizan a partir de la nacionalidad, nos impide ver, claramente, el hecho de que las identidades primarias de los migrantes pueden ser religiosas y que pueden unirse, a su vez, a redes religiosas más vastas que también generan divisas de capital social, cultural y económico.

#### AMPLIAR LA CONVERSACIÓN

Es claro que la migración constituye sólo un elemento de un conjunto de procesos colectivos que trascienden las fronteras nacionales. Numerosos movimientos sociales, de negocios, de medios de comunicación, de comunidades epistémicas y diversas formas de gobierno también se organizan más allá de las fronteras. Quienes viven en los campos sociales transnacionales participan en múltiples procesos, de dicho tipo, simultáneamente. Las identidades e instituciones transnacionales que surgen como respuesta a estas otras dinámicas no son comprendidas cabalmente. Aunque son tema de un creciente conjunto de estudios, estas investigaciones tratan los procesos económicos, políticos y sociales como si no estuvieran vinculados. Debemos explorar cómo las prácticas y los procesos transnacionales, en diferentes ámbitos, se relacionan y alimentan entre sí para comprender cómo, estos desarrollos, definen las fronteras de la vida social.

Los académicos de la migración pueden comenzar esta conversación al examinar, de manera sistemática, las formas y consecuencias de los diferentes tipos de actividades transnacionales, al analizar cómo se relacionan entre sí y al explorar cómo definen y determinan nuestro mundo. ¿Cómo se comparan, las actividades transfronterizas de los migrantes, con aquellas en las que participan los miembros de los grupos que proponen derechos aborígenes y religiosos? ¿Cómo se comparan las estrategias de organización, la divulgación de las ideas y las negociaciones culturales, en los movimientos colectivos transnacionales, con aquellos que se emprenden en los grupos profesionales o las redes de producción transnacionales? ¿De qué modos se complementan o se subvierten, entre sí, estas distintas clases de membresías transnacionales?





¿Cuáles son los derechos y las responsabilidades que los actores y las instituciones asocian con la pertenencia transnacional?

Se requieren nuevas herramientas metodológicas y conceptuales para entender estos procesos. Debido a que las ciencias sociales, que surgieron en los siglos XIX y XX, son parte del proyecto de crear Estados-nación modernos, términos como «gobierno», «organización» y «ciudadanía» llevan consigo los supuestos nacionalistas que impiden ampliar y enriquecer nuestra capacidad de percibir e interpretar los procesos transnacionales. Nuestras categorías conceptuales, de manera implícita, dan por sentado que el Estado-nación es la categoría natural de la organización colectiva. Por lo general, a lo más que llega la ciencia social es a comparar corporaciones en distintos contextos nacionales, en vez de centrarse en las firmas y los mercados como partes de campos transnacionales financieros, productivos, de distribución e intercambio. Necesitamos nuevas ópticas analíticas que iluminen los procesos sociales que atraviesan fronteras. Requerimos inéditas categorías analíticas que ya no bloqueen la vista ante estas formas sociales emergentes, impidiendo que reconceptualicemos las fronteras de la vida social.

## REFERENCIAS

- ABELMAN, N. (2002), «Mobilizing Korean Family Ties: Cultural Conversations Across the Border», WPTC.
- BALLARD, R., «The South Asian Presence in Britain and Its Transnational Connections», documento presentado en el International Workshop on Transnational Research, con financiamiento del Social Science Research Council and the Economic and Social Research Council, Oxford University, UK.
- BASCH, L., N. Glick Schiller y C. Szanton Blanc (eds.) (1994), *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments, and Deterritorialized Nation-States*, Geneve.
- BAUBOCK, R. (2003), «Towards a Political Economy of Migrant Transnationalism», en *International Migration Review*, núm. 37, pp. 700-723.
- BECK, U. (2000), «The Cosmopolitan Perspective: Sociology in the Second Age of Modernity», en *British Journal of Sociology*, núm. 51, pp. 79-107.
- BEYER, P. (2001), «Introducción», en *Religion in the Process of Globalization*, P. Beyer, Würzburg, Ergon Verlag, pp. I-XLIV.
- BRYCESON, D.F. y U. Vuorela (2002), *The Transnational Family: New European Frontiers and Global Networks*, Oxford and New York, Berg.
- BUNNELL, T. (2000), «Repositioning Malaysia: High-tech networks and the multicultural rescripting of national identity», en *Political Geography*, núm. 21.
- CAGLAR, A. (1995), «German Turks in Berlin: Social exclusion and Strategies for Social Mobility», en *New Community*, núm. 21, pp. 309-323.
- CASTELLS, M. (1996), *The Rise of Network Society*, Blackwell, Cambridge.
- CASTLES, S. (1998), «New Migrations, Ethnicity, and Nationalism in Southeast and East Asia», documento presentado en *Transnational Communities Programme Seminar Series*, Oxford University, 12 de junio.
- CERVANTES-RODRÍGUEZ, M. (2003), «Exile, Identities, and Cuba's Nation-building Project a Century Later», documento sin publicar.



- CHAMBERLIN, M. (2002), «Language, Identity and Caribbean Families: Transnational Perspectives», trabajo presentado en la conferencia *Caribbean Migration in Metropolitan Countries: Identity, Citizenship and Models of Integration*, Maison de Sciences de l'Homme, París.
- DELGADO, R. y J. Stefanicic (eds.) (2003), *Critical Race Theory: the Cutting Edge*, Temple University Press, Philadelphia.
- DUANY, J. (2000), «Nation on the Move: The Construction of Cultural Identities in Puerto Rico and the Diaspora», en *American Ethnologist*, núm. 27, pp. 5–30.
- EBAUGH, H.R. y J. Chafetz (eds.) (2002), *Religion Across Borders: Transnational Religious Networks*, Altamira Press, Walnut Creek.
- ECKSTEIN, Sand L. (2002), «Grounding Immigrant Generations in History: Cuban Americans and Their Transnational Ties», en *International Migration Review*, núm. 36, pp. 799–838.
- ESPIRITU, Y., *Asian Women and Men: Labor, Laws, and Love*, Sage, Thousand Oaks, 1997.
- ESPIRITU, Y. y T. Tran (2002), «Viet Nam, Nuoc Toi (Vietnam, My Country): Vietnamese Americans and Transnationalism», en P. Levitt y M. Waters (eds.), *The Changing Face of Home: The Transnational Lives of the Second Generation*, Russell Sage Publication, Nueva York, pp. 367–399.
- FAIST, T. (2000a), *The Volume and Dynamics of International Migration*, Oxford University Press, Nueva York.
- \_\_\_\_\_ (2000b), «Transnationalization in International Migration: Implications for the Study of Citizenship and Culture», en *Ethnic and Racial Studies*, núm. 23, pp. 189–222.
- FELDMAN–BIANCO, B. (2002), «Brazilians In Portugal, Portuguese In Brazil: Constructions Of Sameness And Difference», en *Colonial Continuities: The Portuguese Experience, Special Issue Identities: Global Studies in Culture and Power*, núm. 8.
- FITZGERALD, D. (2004), «Beyond Transnationalism: Mexican Hometown Politics at an American Labor Union», en *Ethnic and Racial Studies*.
- FLORES, W.V. y R. Benmayor (eds.) (2000), *Latino Cultural Citizenship: Claiming Identity, Space, and Rights*, en *AZ: Bilingual Review Press*, Tempe.
- FOBLETS, M.C. (2002), «Muslims, a new transnational minority in Europe? Cultural pluralism, fundamental liberties and inconsistencies in the law», documento presentado en la conferencia *Mobile People, Mobile Law: Expanding Legal Relations in a Contracting World*, Max Planck Institute for Social Anthropology, Halle, Germany, del 7 al 9 de noviembre.
- FONER, N. (2000), *From Ellis Island to JFK: New York's Two Great Waves of Immigration*, Yale University Press, New Haven.
- FOUCAULT, M. (1980), *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972–1977*, Pantheon, Nueva York.
- GABACCIA, D. y F. Iacovetta (eds.) (2002), *Women, Gender, and Transnational Lives: Italian Workers of the World*, University of Toronto Press.
- GEITHNER, P. (2003), *Remarks at the Global Equity Initiative Conference on Indian and Chinese Diasporic Philanthropy*, Harvard University, Cambridge, mayo.
- GLAZER, N. (1954), «Ethnic Groups in America: From National Culture to Ideology», en T. Abel y C. Page (eds.), *Freedom and Control in Modern Society*, Van Nostrand, Nueva York.



- GLICK SCHILLER, N. (1999), «Transborder Citizenship: An Outcome of Legal Pluralism within Transnational Social Fields», en F.B. Beckman y K.B. Beckman (eds.), *Mobile People, Mobile Law: Expanding Legal Relations in a Contracting World*, Ashgate, Londres.
- \_\_\_\_\_ (1990), «Long Distance Nationalism», en I. Skoggard (ed.), *Encyclopedia of Diasporas*, Human Relations Area Files, New Haven.
- \_\_\_\_\_ (2004), «Transnational Theory and Beyond», en D. Nugent y J. Vincent (eds.), *A Companion to the Anthropology of Politics*, Blackwell, Malden, MA.
- \_\_\_\_\_ (2003), «The Centrality of Ethnography in the Study of Transnational Migration: Seeing the Wetland Instead of the Swamp», en N. Foner (ed.), *American Arrivals*, School of American Research, Santa Fe, NM.
- \_\_\_\_\_ (1999), «Transmigrants and Nation–States: Something Old and Something New in the U.S. Immigrant Experience», en C. Hirshman y J. DeWind (eds.), *The Handbook of International Migration*, The Russell Sage Foundation, Nueva York.
- GLICK SCHILLER, N. y G. Fouron (2003), «Killing Me Softly: Violence, Globalization, and the Apparent State», en Jonathan Friedman (ed.), *Globalization, the State and Violence*, Altamira, Oxford.
- \_\_\_\_\_ (2001), «The Generation of Identity: Redefining the Second Generation Within A Transnational Social Field», en *The Changing Face of Home: The Transnational Lives of the Second Generation*.
- \_\_\_\_\_ (2001), *Georges Woke Up Laughing: Long Distance Nationalism and the Search for Home*, Duke University Press, Durham, NC.
- \_\_\_\_\_ (2001), «I am Not a Problem Without a Solution: Poverty, Transnational Migration, and Struggle» en J. Good y J. Maskovsky, (eds.), *New Poverty Studies: The Ethnography of Politics, Policy and Impoverished People in the U.S.*, New York University Press, Nueva York.
- \_\_\_\_\_ (1999), «Terrains of Blood and Nation: Haitian Transnational Social Fields», en *Ethnic and Racial Studies*, núm. 22, pp. 340–366.
- GLICK SCHILLER N., L. Basch y C. Blanc–Szanton (1995), «From Immigrant to Transmigrant: Theorizing Transnational Migration», en *Anthropology Quarterly*, núm. 68, pp. 48–63.
- GOLD, S. (2002), *The Israeli Diaspora*, University of Washington Press, Seattle.
- GOLDRING, L. (2003), «Gender Status and the State in Transnational Spaces: The Gendering of Political Participation in Mexican Hometown Associations», en P. Hondagneu–Sotelo (ed.), *Gender and U.S. Immigration*, University of California Press, Berkeley.
- \_\_\_\_\_ (2002), «The Mexican State and Transmigrant Organizations: Negotiating the Boundaries of Membership and Participation», en *Latin American Research Review*, núm. 37, pp. 55–99.
- GOMEZ, E.T. y G. Benton (2002), «Transnationalism and the Essentializing of Capitalism: Chinese Enterprise, the State, and Identity in Britain, Australia, and Southeast Asia», documento presentado en *Transnational Communities Final Conference*, 2 de julio, Keeble College, Oxford.
- GRASMUCK, S. y P. Pessar (1991), *Between Two Islands: Dominican International Migration*, University of California Press, Berkeley.
- GUARNIZO, L.E. (2003), «The Economics of Transnational Living», en *International Migration Review*, núm. 37, pp. 666–699.



- \_\_\_\_\_ (1997), «The Emergence of a Transnational Social Formation and the Mirage of Return Migration among Dominican Transmigrants», en *Identities: Global Studies in Culture and Power*, núm. 4, pp. 281–322.
- GUARNIZO, L.E., A. Portes y W. Haller (2003), «Assimilation and Transnationalism: Determinants of Transnational Political Action among Contemporary Migrants», en *American Journal of Sociology*.
- GUEST, K. (2001), «Transnational Religious Networks among New York's Fuzhou Immigrants», en *Religion Across Borders*, pp. 149–165.
- HARVEY, D. (1989), *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Conditions of Cultural Change*, Oxford University Press, Oxford.
- HELD, D., A. McGrew, D. Goldblatt y J. Perraton (1999), *Global Transformations. Polity*, Cambridge.
- HONDAGNEU-SOTELO, P. y E. Avila (1996), ««I'm Here but I'm There»: The Meaning of Latina Transnational Motherhood», en *Gender and u.s. Immigration*.
- HOOGHIEMSTRA, E. (2001), «Migrants, Partner Selection, and Integration: Crossing Borders?», en *Journal of Comparative Family Studies*, núm. 32, pp. 601–628.
- ITZIGSOHN, J. (2000), «Immigration and the Boundaries of Citizenship: The Institutions of Immigrants' Political Transnationalism», en *International Migration Review*, núm. 34, pp. 1126–1155.
- ITZIGSOHN, J., C. Dore Cabral, E. Hernández Medina y O. Vázquez (1999), «Mapping Dominican Transnationalism: Narrow and Broad Transnational Practices», en *Ethnic and Racial Studies*, núm. 22, pp. 2316–2340.
- ITZIGSOHN, J. y S. Giorguli Saucedo (2002), «Immigrant Incorporation and Sociocultural Transnationalism», en *International Migration Review*, núm. 36.
- JENKINS, R. (1992), *Pierre Bourdieu*, Routledge, Londres.
- JONES-CORREA, M. (2002), «Under Two Flags: Dual Nationality in Latin America and Its Consequences for the United States», en *International Migration Review*, núm. 3, pp. 34–67
- KANDEL, W. y D. Massey (2002), «The Culture of Mexican Migration: A Theoretical and Empirical Analysis», en *Social Forces*, núm. 80, pp. 981–1004.
- KASINITZ, P., M.C. Waters, J.H. Mollenkopf y M. Anil (2001), «Transnationalism and the Children of Immigrants in Contemporary New York», en *The Changing Face of Home: The Transnational Lives of the Second Generation*, pp. 96–122.
- KASTORYANO, R. (2000), «Settlement, Transnational Communities, and Citizenship», en *Issj*, núm. 165, pp. 307–312.
- KIVISTO, P. (2001), «Theorizing Transnational Immigration: A Critical Review of Current Efforts», en *Ethnic and Racial Studies*, núm. 24, pp. 549–578.
- KOOPMANS, R. y P. Statham (2001), «How National Citizenship Shapes Transnationalism: A Comparative Analysis of Migrant Claims-making in Germany, Great Britain, and the Netherlands», en WPTC.
- KYLE, D. (2001), *Transnational Peasants*, University Press, Baltimore.
- LAGUERRE, M. (1998), *Diasporic Citizenship*, St. Martin's Press, Nueva York.
- LANDOLT, P. (2001), «Salvadoran Economic Transnationalism: Embedded Strategies for Household Maintenance, Immigrant Incorporation, and Entrepreneurial Expansion», en *Global Networks*, num. 1, pp. 217–242.
- LAMONT, M. (2002), «Ordinary Cosmopolitans: Strategies for Bridging Boundaries among Non-College Educated Workers», en WPTC.



- LASLETT, B. y J. Brenner (1992), «Feminism and the Family: Two Decades of Thought», en B. Thorne y M. Yalom, (eds.), *Rethinking the Family: Some Feminist Questions*, Northwestern University Press, Boston, pp. 3–30.
- LESTHAEGHE, R. (2002), «Turks and Moroccans in Belgium: A Comparison», en seminario presentado en Center for Population and Development Studies, Harvard University.
- LESSINGER, J. (1995), *From the Ganges to the Hudson*, Allyn and Bacon, Nueva York.
- LEVITT, P. (2003), «You Know, Abraham Really Was the First Immigrant: Religion and Transnational Migration», en *International Migration Review*, núm. 37, pp. 847–873.
- \_\_\_\_\_ (2003), «Why Should I Retire to Florida When I Can Go To Lahore? Defining and Explaining Variations in Transnational Migration», en *Hauser Center Working Paper*, núm. 15, Harvard University.
- \_\_\_\_\_ (2002), «Keeping Feet in Both Worlds: Transnational Practices and Immigrant Incorporation», en C. Joppke y E. Morawska (eds.), *Integrating Immigrants in Liberal Nation–States: From Post–Nationals to Transnational*, Macmillan–Palgrave, Londres.
- \_\_\_\_\_ (2002), «The Ties that Change: Relations to the Ancestral Home over the Life Cycle», en *The Changing Face of Home: The Transnational Lives of the Second Generation*, pp. 123–144.
- \_\_\_\_\_ (2001), *The Transnational Villagers*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles.
- \_\_\_\_\_ (2001), «Transnational Migration: Taking Stock and Future Directions», en *Global Networks*, núm. 1, pp. 195–216.
- \_\_\_\_\_ (1999), «Social Remittances: A Local–Level, Migration–Driven Form of Cultural Diffusion», en *International Migration Review*, núm. 32, pp. 926–949.
- LEVITT, P. y R. de la Dehesa (2003), «Transnational Migration and a Redefinition of the State: Variations and Explanations», *Ethnic and Racial Studies*.
- LEVITT, P., S. Khagram y Dobkin Hall (2003), Project proposal to the Ford Foundation.
- LEVITT, P. y S. Wagner (2003), «Refugee Rights and Wrongs: Global Cultural Diffusion among the Congolese in South Africa», *Working Paper*, núm. 23, septiembre, Inter–University Committee on International Migration Rosemarie Rogers Working Paper Series.
- LEVITT, P. y M. Waters (eds.) (2002), *The Changing Face of Home: The Transnational Lives of the Second Generation*, Russell Sage Publications, Nueva York.
- MAHLER, S. (2000), «Constructing International Relations: The Role of Transnational Migrants and Other Non–State Actors», en *Identities: Global Studies in Culture and Power*, núm. 7, pp. 197–232.
- \_\_\_\_\_ (1998), «Theoretical and Empirical Contributions Toward a Research Agenda for Transnationalism», en M. P. Smith y L. Guarnizo (eds.), *Transnationalism from Below: Comparative Urban and Community Research*, vol. 6, Transaction Publishers, New Brunswick y Londres.
- MANNHEIM, K. (1952), «The Problem of Generations», en P. Keckesckemeti (ed.), *Essays on the Sociology of Knowledge*, Oxford University Press, Nueva York.
- MARSHALL, T.H. (1964), *Class, Citizenship and Social Class: Essays by T.H. Marshall*, Doubleday and Co, Garden City, N.Y.
- MARTINS, H. (1974), «Time and Theory in Sociology», en J. Rex (ed.), *Approaches to*



- Sociology. An Introduction to the Major Trends in Sociology*, Routledge and Kegan Paul, Londres y Boston, pp. 246–294.
- MASSEY, D. (1995), «The New Immigration and Ethnicity in the United States», en *Population and Development Review*, núm. 21, pp. 631–652.
- MCALISTER, E. (2002), *Rara! Vodou, Power, and Performance in Haiti and its Diaspora*, University of California Press, Los Angeles y Berkeley.
- MENJÍVAR, C. (2002), «Living in two Worlds? Guatemalan–Origin Children in the United States and Emerging Transnationalism», en *Journal of Ethnic and Migration Studies*, núm. 28, pp. 531–552.
- \_\_\_\_ (1999), «Religious Institutions and Transnationalism: A Case Study of Catholic and Evangelical; Salvadoran Immigrants», en *International Journal of Politics, Culture and Society*, núm. 12, pp. 589–611.
- MORAWSKA, E. (2001a), «Structuring migration: The Case of Polish Income–Seeking Travelers to the West», en *Theory and Society*, núm. 3, pp. 47–80.
- \_\_\_\_ (2001), «Disciplinary Agendas, Analytic Strategies, and Objectivity of (Im) Migration Research: Advantages of Interdisciplinary Knowledge», en *Social Science Research Council Workshop, Transnational Migration: Comparative Perspectives*, Princeton University.
- \_\_\_\_ (1989), «Labor Migrations of Poles in the Atlantic World Economy, 1880–1914», *Comparative Study of Society and History*, núm. 31, pp. 237–270.
- \_\_\_\_ (1987), «Sociological Ambivalence: The Case of Eastern European Peasant–Immigrant Workers in America, 1880s–1930s», en *Qualitative Sociology*, núm. 10.
- MORGAN, G. (1999), «Transnational Communities and Business Systems», WPTC, pp. 99–114.
- NAIM, M. (2002), «The New Diaspora: New Links between Émigrés and their Home Countries can become a Powerful Force for Economic Development», en *Foreign Policy*, núm. 131, pp. 96–99.
- NYBERG SORENSEN, N. Y K. Fog Olwig (eds.) (2002), *Work and Migration: Life and Livelihoods in a Globalizing World (Transnationalism)*, Routledge, Londres.
- ONG, A. (1999), *Flexible Citizenship: The Cultural Logics of Transnationality*, Duke University Press, Durham, North Carolina.
- ORELLANA, M.F. (2001), B. Thorne, A. Chee y W.S.E. Lam, «Transnational Childhoods: The Participation of children in processes of family migration», en *Social Problems*, núm. 48, pp. 572–592.
- ØSTERGAARD–NIELSEN, E. (2003), «The Politics of Migrants’ Transnational Political Practices», en *International Migration Review*, núm. 37, pp. 760–786.
- PARRENAS, R.S. (2001), «Mothering From a Distance: Emotions, Gender, and Intergenerational Relations in Filipino Transnational Families», en *Feminist Studies*, núm. 27, pp. 361–391.
- PETERSON, A.L. y M. Vásquez (2001), «Upwards: Never Down: The Catholic Charismatic Renewal in Transnational Perspective», en A. Peterson, P. Williams, y M. Vásquez (eds.), *Christianity, Social Change, and Globalization in the Americas*, Rutgers University Press, New Brunswick, New Jersey.
- PESSAR, P. (2004), *Centering Gender and Anthropology within Migration Studies*, School of American Research, Santa Fe.
- \_\_\_\_ (2001), «Women’s Political Consciousness and Empowerment in Local, National, and Transnational Contexts: Guatemalan Refugees and Returnees», en S.



- Mahler y P. Pessar (eds.), *Gendering Transnational Spaces, Identities: Global Studies in Culture and Power*, núm. 7, pp. 461–500.
- PESSAR, P. y S. Mahler (2003), «Transnational Migration: Bringing Gender In», en *International Migration Review*, núm. 37, pp. 812–843.
- \_\_\_\_ (2001), «Gendered Geographies of Power: Analyzing Gender Across Transnational Spaces», en *Gendering Transnational Spaces*, pp. 441–460.
- PORTES, A. (2003), «Conclusion: Theoretical Convergencies and Empirical Evidence in the Study of Immigrant Transnationalism», en *International Migration Review*, núm. 37, pp. 874–892.
- PORTES, A., L. Guarnizo y P. Landolt (1999), «Introduction: Pitfalls and Promise of an Emergent Research Field», en *Ethnic and Racial Studies*, núm. 22, pp. 463–478.
- PORTES, A., W. Haller y L. Guarnizo (2002), «Transnational Entrepreneurs: The Emergence and Determinants of an Alternative Form of Immigrant Economic Adaptation», en *American Sociological Review*, núm. 67, pp. 278–298.
- RICCIO, B. (2001), «Disaggregating the Transnational Community: Senegalese Migrants on the coast of Emilia–Romagna», en WPTC.
- ROBERTSON, R. (1991), «The Globalization Paradigm: Thinking Globally», en D.G. Bromley (ed.), *New Developments in Theory and Research: Religion and the Social Order*, volumen 1, JAI Press, Greenwich, Connecticut, pp. 204–224.
- ROUSE, R. (1992), «Making Sense of Settlement: Class Transformation, Cultural Struggle, and Transnationalism among Mexican Migrants in the United States», en N.G. Glick Schiller, L. Basch y C. Blanc Szanton (eds.), *Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class Ethnicity and Nationalism Reconsidered*, New York Academy of Sciences, Nueva York.
- RUMBAUT, R. (1992), «Severed or Sustained Attachments? Language, Identity, and Imagined Communities in the Post–Immigrant Generation», en *The Changing Face of Home: The Transnational Lives of the Second Generation*, pp. 43–95.
- SASSEN, S. (1999), *Global Cities*, Princeton University Press, Princeton, NJ.
- SAXENIAN, A.L. (2002), «Local and Global Networks of Immigrant Professionals in Silicon Valley», Public Policy Institute of California.
- SCHIFFAUER, W. (1999), «Islamism in the Diaspora: The Fascination of Political Islam Among Second Generation German Turks», en WPTC.
- SHAIN, Y. (1999), *Exporting the American Creed Abroad*, Oxford University Press, Nueva York.
- SKLAIR, L. (1998), «Transnational Practices and the Analysis of the Global System», documento presentado en *Transnational Communities Programme Seminar Series*, mayo.
- SKRBIŠ, Z. (1999), *Long Distance Nationalism: Diasporas, Homelands and Identities*, Ashgate, Aldershot, England.
- SMITH, A.D. (1983), «Nationalism and Social Theory», en *British Journal of Sociology*, núm. 34, pp. 19–38.
- SMITH, M.P. y L. Guarnizo (eds.) (1998), *Transnationalism from Below Comparative Urban and Community Research*, volumen 6, Transaction Publishers, New Brunswick y Londres.
- SMITH, R. (2002), «Transnational Localities: Community, Technology, and the Politics of Membership with the Context of Mexico–U.S. Migration», en *Transnationalism from Below*.



- SMITH, R.C. (2003), «Diasporic Memberships in Historical Perspective: Comparative Insights from the Mexican, Italian and Polish Cases», en *International Migration Review*, núm. 37, pp. 724–759.
- \_\_\_\_ (2002), «Life Course, Generation and Social Location as Factors Shaping Second-Generation Transnational Life», en *The Changing Face of Home: The Transnational Lives of the Second Generation*, pp. 145–168.
- SOYSAL, Y. (1994), *Limits of Citizenship: Migrants and Postnational Membership Europe*, University of Chicago Press, Chicago y Londres.
- STARK, O. (1991), *The Migration of Labor*, Basil Blackwell, Cambridge, Mass.
- STICHWEH, R. (2000), «Systems Theory as an Alternative to Action Theory? The Rise of «Communication» as a Theoretical Option», en *Acta Sociológica*, núm. 43.
- TWEED, T. (1999), *Our Lady of Exile*, Oxford University Press, Nueva York.
- URRY, J. (2000), «The Global Media and Cosmopolitanism», documento presentado en *Transnational America Conference*, Bavarian American Academy, Munich, junio, publicado por el Departamento de Sociología de la Universidad de Lancaster en <<http://www.comp.lancs.ac.uk/sociology/soc056ju.html>>.
- VAN DER VEER, P. (2001), «Transnational Religion», en WPTC.
- VERTOVEC, S. (2003), «Migration and Other Modes of Transnationalism: Towards Conceptual Cross-Fertilization», en *International Migration Review*, núm. 37, pp. 641–665.
- VERTOVEC, S. y C. Peach (1997), *Islam in Europe: The Politics of Religion and Community*, Macmillan Press, Londres.
- WATERS, M.C. (1999), *Black Identities: West Indian Immigrant Dreams and American Realities*, Russell Sage Foundation, Nueva York y Cambridge, MA.
- WEBER, D. (1999), «Historical Perspectives on Mexican Transnationalism: with notes from Angumacutiro», en *Social Justice*, núm. 26, pp. 1043–1578.
- WELLMEIER, N.J. (1998), «Santa Eulalia's People in Exile: Maya Religion, Culture, and Identity in Los Angeles», en R.S. Warner y J. Wittner (eds.), *Gatherings in Diaspora: Religious Communities and the New Immigration*, Temple University Press, Filadelfia, pp. 97–123.
- WIMMER, A. y N. Glick Schiller (2003), «Methodological Nationalism, the Social Sciences and the Study of Migration: An Essay in Historical Epistemology», en *International Migration Review*, núm. 37, pp. 576–610.
- WOODMAN, G.R. (2002), «Customary laws of ethnic minorities in the U.K.», documento presentado en la conferencia *Mobile People, Mobile Law: Expanding Legal Relations in a Contracting World*, Max Planck Institute for Social Anthropology, Halle, Germany, del 7 al 9 noviembre.
- YANG, F. (2002), «Chinese Christian Transnationalism: Diverse networks of a Houston church», en *Religions Across Borders: Transnational Religious Networks*, pp. 175–204.
- YUVAL-DAVIS, N. (1997), *Gender and Nation*, Sage Publications, Londres y Thousand Oaks.
- ZHOU, M. (1998), «Parachute Kids in Southern California: The Educational Experience of Chinese Children in Transnational Families», en *Educational Policy*, núm. 12, pp. 682–704.